

LA LITERATURA EN LA RIOJA EN EL SIGLO XVIII*

JESÚS FERNANDO CÁSEDA TERESA**

RESUMEN

Este artículo lleva a cabo un estudio de los escritores más importantes de La Rioja durante el Siglo XIX, especialmente Martín Fernández de Navarrete, Juan José de Salazar y Hontiveros y Juan José López de Sedano.

Palabras clave: La Rioja, escritores, Literatura, Siglo XVIII, Martín Fernández de Navarrete, Juan José de Salazar y Hontiveros, Juan José López de Sedano.

Cet article essaie de mettre en relief les écrivains plus importants de La Rioja pendant le XVIIIème Siècle, comme Martín Fernández de Navarrete, Juan José de Salazar y Hontiveros et Juan José López de Sedano.

Mots clés: La Rioja, écrivains, Littérature, XVIIIème Siècle, Martín Fernández de Navarrete, Juan José de Salazar y Hontiveros, Juan José López de Sedano.

1. UN SIGLO DECISIVO

Pocos siglos fueron tan relevantes en la literatura riojana como lo fue el XVIII. Si diéramos un repaso histórico al conjunto de creadores riojanos, terminaríamos concediéndole a éste —en relación al resto de siglos que le precedieron—, por cantidad y por calidad, el primer puesto en el ranking literario. La causa es, por supuesto, difícil de determinar, aunque tal vez algo tuviera que ver la casualidad —casi siempre— en conjunción con aquel espíritu utilitarista que trajo el XVIII y que tuvo aquí particular fortuna. Porque es entonces cuando se crea —bajo el reinado de Carlos III— la Real Sociedad Económica de Amigos del País Riojano-Castellana, crucial en el desarrollo económico de la región, en el fomento y mejora en el cultivo de la vid y el comercio del vino, bajo el marco organizativo de la Junta de Cosecheros. Y es entonces también cuando La Rioja comienza a tener una cierta conciencia

* Registrado el 9 de septiembre de 2008. Aprobado el 10 de octubre de 2008.

** IES Valle del Cidacos, casedateresa@yahoo.es

de región y a tomar el nombre sobre el que hablarán tanto Jovellanos, primero, como luego Martín Fernández de Navarrete con mayor extensión.

A impulsos de dicha Real Sociedad Económica, se construyen carreteras, se abren caminos —por ejemplo, la llamada “ruta de la prosperidad”, luego convertida en Nacional 232—, puentes y pasarelas que unen esta tierra con Soria, Burgos, Navarra y País Vasco. Y ello repercute en ciertas mejoras en la economía que, finalmente, traen un incremento demográfico y social. Y aunque para encontrar a los escritores más notables hayamos de ir a buscar entre clérigos y nobles, cierto es que éstos también sucumbieron a las nuevas ideas del Siglo, en muchos casos bebiendo en las fuentes del Criticismo dieciochesco, del reformismo ilustrado y del espíritu de un siglo que marcó de forma importante el tránsito a la razón dejando por el camino viejas ideas de raíz medieval.

2. UN PRIMER BOSQUEJO DE RIOJANOS ILUSTRES DEL XVIII EN LA LITERATURA

Entre los principales creadores del Siglo XVIII cabe destacar la presencia de cuatro escritores como Juan José de Salazar y Hontiveros, heredero de las formas del Barroco y fiel discípulo por tantos conceptos de Diego de Torres Villarroel; Juan José López de Sedano, uno de los mejores cultivadores de la tragedia neoclásica en nuestro país; Martín Fernández de Navarrete, erudito, director de las más importantes instituciones culturales del país y animador de la vida cultural madrileña. Y, por supuesto, Félix María de Samaniego, también riojano —del otro lado de la línea administrativa—, fundamental para entender en su sentido más amplio el concepto de criticismo dieciochesco.

He trabajado los cuatro autores en diferentes estudios, en todos los casos auspiciados por ayudas del Instituto de Estudios Riojanos y movido por mi cariño por aquel siglo, que comenzó con mi tesis doctoral sobre José Mor de Fuentes, uno de los más importantes novelistas del Siglo XVIII en España. Este trabajo pretende de algún modo ser un resumen de algunos de dichos estudios, publicados en unos casos o próximos a la publicación en otros. Dejo al margen a Samaniego, extensamente trabajado por estudiosos como Emilio Palacios Fernández y muchos otros y me centro en los otros tres, mucho menos investigados y poco conocidos por los no especialistas en el XVIII. Con ellos se abarca un amplio abanico de géneros (poesía con Salazar; teatro con Sedano y ensayo con Fernández de Navarrete); de periodos dentro del XVIII (primera mitad con Salazar; mitad de Siglo con Sedano; finales del XVIII y tránsito al XIX con Fernández de Navarrete); o de estéticas y conceptos literarios: post-barroco en Salazar y Hontiveros; neoclasicismo con López de Sedano y enciclopedismo en Martín Fernández de Navarrete. Vertientes todas ellas variadas y complementarias que ofrecen una perspectiva amplia y comprensiva de la Ilustración en La Rioja y en nuestro país.

3. JUAN JOSÉ DE SALAZAR Y HONTIVEROS

3.1. Breve noticia biográfica. Primeros escritos:

No son, por desgracia, muchos los datos biográficos que conocemos de este clérigo riojano, natural de la localidad de Huércanos, en la Rioja Alta, de noble familia y formado en las aulas de la cercana Nájera, según informa en alguno de sus escritos, en las primeras letras, en Burgos como Bachiller en Filosofía y luego en la Universidades de Valladolid y Salamanca. De su vida como estudiante en ésta última da cuenta en varios de sus escritos, como ya hiciera Torres en su Vida y el propio escritor riojano en sus versos. Conocemos que Juan José de Salazar fue, además, consiliario de dicha Universidad lo cual le permitió escudriñar desde adentro los entresijos de la institución. Por tal causa, según afirma, aquélla le “honró con finezas”. Pero algunos imprevistos debieron de surgir al finalizar sus estudios tras obtener el grado de Artes, pues se refiere en otros versos a “pueriles borrascas” que lo inquietaron, lo cual lo determinó a regresar a La Rioja:

“Al país me retiré,
a sentir con más violencia,
la novedad de mis glorias,
convertidas en tragedias.
Y tampoco aquí faltaron,
para mayor impaciencia,
lances que precisasen
a olvidar la patria misma,
ya tocando en los amigos
alevosías y ofensas,
como escarmientos también
de amantes intercadencias”

Cuenta luego que marchó a estudiar a la Universidad de Alcalá de Henares donde siguió los cursos de Teología y obtuvo su correspondiente título:

“A Alcalá en fin resolví
refugiarme, por ser ésta
sola la universidad
que a mi encendida vehemencia
faltaba de conseguir
el honor de oír sus ciencias”¹.

Parece que en la ciudad complutense pudo por fin olvidarse de sus anteriores cuitas y absorto en sus profundos estudios “despreciando las quimeras / que la juventud lozana, / a impulsos de su vehemencia / incita, lo conseguí, / aunque con mil resistencias”.

Según Salazar, su padre le pidió que tomara la carrera eclesiástica y así determinó entonces

“porque no se le resfriasen los propósitos, solicitó una capellanía en la parroquia de San Martín de Salamanca, cuya renta estaba situada en una casa de

1. *Poesías varias*, *op.cit.*, p. 124.

la calle de la Rúa, y sobre esta congrua, que eran seiscientos reales al año, recibí, luego que yo cumplí los veintiuno de mi edad, el orden de subdiácono. En él he descansado, porque después de recibido, paré más a mi consideración sobre las obligaciones en que me metía, los votos y pureza que había de guardar y los cargos de que había de ser responsable delante de Dios; y atribulado y afligido, me resolví a no recargarme (hasta tener más seguridad y satisfacción de mis talentos) con más oficios que los que abracé con poco examen de mis fuerzas y ninguna reflexión sobre las duraciones de la observancia”.

Parece que durante el tiempo que pasó en una nueva estancia en La Rioja mantuvo trato con nobles que le facilitaron el traslado a Madrid como es el caso de los riojanos Marqués de Santa Cruz y don Francisco Antonio Aguirre y Salcedo. El primero, Gentilhombre de la Cámara Real y el segundo Gobernador del Cuarto del Infante don Carlos, ambos en el Palacio Real².

La familia del Marqués es posiblemente la más importante en La Rioja desde el XVI y durante el Siglo de Oro tuvo un activo papel como mecenas de diversas empresas literarias³. Conviene ahora recordar que un miembro de dicha familia, Ana Ramírez de Arellano, escribió una colección poética que durante mucho tiempo se atribuyó a la hija del Rector de la Universidad de Valladolid, la también carmelita Cecilia del Nacimiento, superiora del convento de Calahorra y buena amiga de Teresa de Jesús⁴. También un encargado de las propiedades de aquella familia, el calahorrano del “lugar” de Rincón de Soto, Gregorio González, llegó a escribir una interesantísima novela picaresca, el *Guitón Honofre*⁵, excelente obra que sigue el camino trazado por el *Lazarillo de Tormes*.

Respecto a la familia del segundo, Francisco Antonio Aguirre y Salcedo, conviene recordar que su madre, doña María Antonia de Salcedo, fue durante mucho tiempo aya del infante y antes del príncipe de Asturias, don Luis de Borbón. Había sido también señora de honor de tres reinas. Por sus ser-

2. Noticias acerca de éstos son recogidas en el trabajo colectivo “Carlos III y la Ilustración”, con motivo del interesante trabajo para conmemorar la efemérides del Bicentenario por el Ministerio de Cultura. Concretamente Gonzalo Anes, “La formación de un Rey en el siglo de las luces: ideas y realidad”, apud *Carlos II y la Ilustración*, VV.AA., Madrid, Ministerio de Cultura, 1988, p. 19 y ss.

3. Sobre esta importantísima familia véase el trabajo de S. Ibáñez, N. Armas y J.L. Gómez Urdáñez, *Los señoríos en La Rioja en el Siglo XVIII*, Logroño, Universidad de La Rioja, 1996. También el de un descendiente de la misma, M.A. Moreno Ramírez de Arellano, *Señorío de Cameros y condado de Aguilar. Cuatro siglos de régimen señorial en La Rioja (1366-1733)*, Logroño, I.E.R. 1992.

4. Sobre la escritora carmelita véase mi trabajo “La poesía mística de Sor Ana de la Trinidad”, Calahorra, *Kalakorikos*, I, (1996), pp. 85-93. Una edición de la poesía de ésta se encuentra publicada por Tomás Álvarez, Burgos, Imprenta de Monte Carmelo, 1992.

5. Los estudios sobre este escritor riojano se han multiplicado en los últimos años, a partir de la primera edición de su obra *El Guitón Honofre* (1604), Valencia, Estudios de Hispanófila, 1973, edic. de Hazel Generuex Carrasco. Añádase la última, ya riojana, de Cabo Aseguinolaza, quien ha publicado abundantes trabajos sobre la obra, entre otros otra edición en Salamanca, Almar, 1988.

vicios, fue agraciada con el título de Marquesa de Montehermoso el 14 de diciembre de 1714. Pero en agosto de 1723 el infante y luego Rey, D. Carlos, fue puesto al cuidado de los hombres. Entonces fueron nombrados ayo, el duque de San Pedro, y teniente de ayo el hijo de la Marquesa de Montehermoso, el citado don Francisco Antonio de Aguirre, amigo de Juan José de Salazar. Sus Majestades mostraron lo satisfechos que quedaban de los servicios que había prestado doña María Antonia de Salcedo, y de lo bien que había atendido a la buena crianza y educación del infante, no sólo nombrando a don Francisco Antonio, sino haciéndole merced de 2.000 escudos de renta al año, situados en el producto de los tercios diezmos que gozaba Su Majestad en el reino de Valencia⁶. En las cartas que conservamos, cuando se dirigía Don Carlos a la marquesa de Montehermoso, encabezaba siempre las misivas con la frase “Mía de mi vida y de mi corazón” y añadía otras demostraciones del gran cariño que le profesaba.

De tal modo, y a la vista de las buenas influencias que tenía el buen clérigo de Huércanos, encontró franco y expedito el camino a la Corte madrileña que, en general, poco tiempo permanecía en la Villa y Corte. Algo debió de influir en el nombramiento de Salazar la circunstancia de sus largos estudios por las principales universidades del Reino —Salamanca, Valladolid y Alcalá— en diversas materias como las artes, la filosofía y la teología. Si a ello añadimos la intimidad con los Montehermoso y los Ramírez de Arellano podemos comprender con mayor facilidad el importante salto que da el clérigo desde la villa de Cenicero hasta el centro del poder político de la nación como preceptor y confidente de un futuro Rey.

Para nuestra desgracia faltan documentos importantes que nos den noticia sobre la vida de Salazar en la Corte durante aquellos años. No obstante, tras paciente búsqueda he podido hallar algunos de los pasos del clérigo. Por ejemplo, Jesús Castañón⁷ alude a J.J. de Salazar —evidentemente se trata de nuestro clérigo— entre los antidiaristas u opositores al *Diario de los Literatos de España* que entonces publicaban Juan Martínez Salafranca, Francisco Manuel de la Huerta y L. Jerónimo Puig. Apareció de 1737 a 1742 y entre sus colaboradores más asiduos hay que destacar a Juan de Iriarte y José Gerardo Hervás. Se trata sin duda de una publicación que se hace eco de las ideas ilustradas que rocorren entonces Europa, con un método riguroso y crítico. Puede decirse que con él nace la crítica literaria periodística en España y que influye en la aceptación de la nueva estética neoclásica.

6. Manuel Danvila y Collado revisó documentos en el archivo de la Casa de Ezpeleta, en Pamplona, y da las referencias citadas. También transcribe la carta que el marqués de Grimaldi envió a la marquesa de Montehermoso el primero de agosto de 1723 comunicándole los agradecimientos y recompensas. *Reinado de Carlos III*, Madrid, I, pp. 12-13. Otros episodios interesantes de los primeros años de la vida de Carlos III y de la vida cortesana de aquellos años se encuentran en José Antonio Vaca de Osma, *Carlos III*, Madrid, Rialp, 1997.

7. *La crítica literaria en la prensa española del siglo XVIII (1700-1750)*, Madrid, Taurus, 1973, p. 216 y ss.

Pero esta eximia obra periódica que trataba de introducir y popularizar en España las ideas reformadoras del otro lado de los Pirineos, pronto encontró mil opositores. Entre los que cita Castañón se encuentran, además del cura riojano, otros nombre no menos ilustres: Ignacio Armesto, Alonso Pérez Carvajal, Gregorio Mayáns y Siscar, Juan de Cárdenas y Ribera, Pedro Nolasco, Jacinto Segura, Ventura de la Fuente, Ignacio de Luzán, autor de la famosa *Poética*, José Berni, Antonio María Herrero y José Lorenzo de Arenas (según Francisco Aguilar Piñal, seudónimo de Salvador José Mañer).

¿Cuál es la razón de la polémica que mantuvo Salazar con el *Diario de los Literatos*?. Con ocasión de la publicación de la obra más conocida de aquél, su *Impugnacion católica y fundada a la escandalosa moda del chichisveo, introducida en la pundonorosa nación española*, en 1737 los autores del diario lo trataron de plagiarlo acusándolo de ser su obra una burda copia literal de la del Padre José Haro de San Clemente, titulada ésta *El chichisveo impugnado* y publicada varios años antes en Sevilla, 1729. Es concretamente en el tomo IV del *Diario* donde aparece dicha imputación, en el artículo número XV (p. 338). Fue éste religioso de la Sagrada Orden de Nuestra Señora del Carmen, Maestro de Número de la provincia de Andalucía, Doctor en Sagrada Teología, Protonotario y Predicador Apostólico.

La acusación, ciertamente fuerte, no iba demasiado desencaminada, y aunque en verdad no sea una copia literal, sin duda debe mucho en su redacción al texto del sacerdote andaluz. De hecho en el ejemplar que he visto, en su "Introducción", aparece escrito a mano lo siguiente:

"Este papel es traslado a la letra en todo su argumento del librito intitulado *El chichisveo impugnado*, que dio a luz el R.P.M. fr. José Haro de San Clemente; sevilla, año 1729".

Pero no sólo se le acusaba de plagiarlo sino también, incluso, de no ser abad de Ceniceró como él decía y se adjudicaba a sí mismo. En verdad por aquellas fechas, como hemos visto, tenía pendiente un pleito sobre el asunto que traía como causa la privación de su beneficio calahorrano y, sabedores los diaristas de dicho asunto, no perdieron ocasión de zaherirle de aquella forma. Animaban además éstos a los lectores de su periódico a acercarse a la librería madrileña de Juan Gómez a comparar la obra de Salazar con un ejemplar de José Haro de San Clemente y cerciorarse de la verdad de su acusación.

La *Gaceta de Madrid* del 16 de septiembre de 1737 en su número 37 se hace eco también de la acusación y transcribe en breves palabras la polémica suscitada en aquellas fechas:

"Los autores del *Diario* escribieron que el Abad de Ceniceró, alias, Don Juan José de Salazar, copió a la letra su *Impugnación del chichisveo* de un libro del Padre Haro del mismo asunto; y habiendo divulgado dicho Salazar en un diálogo impreso, que es falso hallarse tal libro, lo han depositado en la Librería de Juan Gómez para que todos los puedan ver, y conste la verdad".

Llegados a este punto, el buen clérigo riojano se vio bastante acorralado y, una vez descubierto, optó por la solución menos inteligente. Tuvo

entonces la osadía de negar que fuera Juan José de Salazar el autor de la *Impugnación católica*, sino el dicho “Abad de Cenicero” que según él venía a ser una persona distinta. Dicha trampa, de poca elegancia y gran falsedad, la realizó en la propia *Gaceta de Madrid* en cuyo número 39, del 30 de septiembre, de aquel año, 1737, insertó la siguiente advertencia:

“En la *Gaceta de Madrid* del 16 del corriente dijeron los diaristas ser el autor de la *Impugnación del Chichisveo*, y su diálogo contra su crítica el abad de Cenicero, alias don Juan José de Salazar; y no siéndolo efectivamente, sino el dicho Abad, se le advierte al público para vindicar la conducta del referido don Juan José”.

Pero no quedó ahí la defensa del sacerdote, pues también pasó al ataque directo con un texto titulado *Diálogo contra el Diario de los Literatos* que publicó en Madrid unos meses más tarde, ya en 1738, que no he podido ver pero que con seguridad debía dar buenas dentelladas contra dicha publicación. Precisamente sus redactores acusan recibo en en “Prólogo” del tomo V, donde afirman que su “Diálogo está compuesto todo de injurias y oprobios”⁸.

Verdaderamente todo el episodio de la publicación de su obra es bastante bochornoso y no dice nada bueno de la personalidad de su autor. Sin embargo, para entonces, Juan José de Salazar había conseguido cierta fama como escritor y poeta. Puedo dar en este sentido razón de un premio que ganó en las tempranas fechas de 1722, recién llegado a la Villa y Corte. En aquel año se celebró en la iglesia de los padres trinitarios descalzos un certamen poético para conmemorar la traslación de las reliquias de san Juan de Mata. Se trataba del primer concurso que tenía lugar en el siglo XVIII, como ha dicho Francisco Aguilar Piñal⁹, siguiendo las costumbres barrocas del siglo anterior, al que se invitaba a participar a los poetas del momento. Como secretario del tribunal actuó el conocido dramaturgo Antonio Zamora, entonces oficial de la Secretaría de Indias. En las bases de dicho concurso se expresaba que los poemas habían de enviarse con dos papeles, uno con el “nombre pastoril” del autor, y otro secreto con el verdadero nombre y firma del “ingenio”.

En la entrega de los premios se actuó con gran solemnidad y se montó un gran decorado, con damasco rojo en los bancos, ocupados éstos por diversas autoridades muy notables, entre otros “Señores grandes, Príncipes y embajadores, así como los ingenios que habían concurrido, ocupando todo un brazo del crucero del estrado para las señoras”. Para dar mayor real-

8. Precisamente durante ese mismo año (1738) se publica un curioso trabajo contra el Diario publicado por un abundante número de detractores del mismo, entre los cuales se esconde con toda seguridad el propio escritor riojano. Su título es *Los impresores y plumistas de la Corte contra el Diario de los Literatos de España*. Se anunció el día 20 de abril de aquel año y se ofrecía en la Librería de José Gómez Bot, junto a la botica de San Felipe el Real.

9. “Poesía”, apud Historia literaria de España en el siglo XVIII, Madrid, C.S.I.C., 1996, pp. 50 y 51.

ce social se colocaron doce alabarderos a las puertas y, comenzado el acto a las 4 de la tarde de aquel 19 de mayo del citado 1722, se amenizó la velada con música de violines y las canciones premiadas a los ocho asuntos propuestos. Los premios, bien curiosos, consistían en una palangana y un jarro, de alabastro; un cofre de charol embutido en nácar; un espadín milanés de acero; media docena de jícara de la China; unas bigoterías de cuero, etc. Entre los premiados se encuentran poetas como el marqués de la Olmeda, el jesuita José Cotilla y nuestro buen poeta Juan José Salazar de Hontiveros. Pero resulta notable que entre los perdedores y por tanto no galardonados se encuentra Diego de Torres Villarroel, buen amigo del riojano y que por una vez resultó peor escritor que él, al menos a criterio del eximio y culto tribunal.

También el clérigo Salazar escribió un poema que probablemente presentó en otro de los innumerables concursos literarios al efecto. Concretamente el suyo se presentó al concurso de Córdoba y no debió de tener demasiada fortuna. Luego lo recogió el poeta en su edición de *Poesías varias*.

Precisamente en esta última obra aparece otro poema titulado “Al octavo asunto del certamen de Córdoba, que introduce la fábula de Cástor y Polux, con el signo de Géminis ...”. El poema, de un cargadísimo tono enfático, trae una alabanza de la Compañía jesuítica que revela cierta predilección por la misma:

“Oh dichosa Compañía,
donde amor divino hace,
que lleguen sin conocerse
dos espíritus a amarse”¹⁰.

El poema, cargado en fin de elementos mitológicos, referencias astrales, comparaciones bastante banales y un énfasis exagerado, no debió de gozar de la dicha del premio.

Parece sin embargo, como vamos viendo, que el poeta riojano era bastante aficionado a la competición poética. Y así en sus *Poesías varias* incluye otra composición que presentó a un certamen celebrado en el convento de San Diego, de Alcalá de Henares, que trata el banal tema de la nueva colocación del retablo de su Virgen, en cinco décimas. Poesía religiosa, en definitiva, a que tan aficionado fue el clérigo durante su vida y que no perdió ocasión de llevar a diversos concursos literarios con diferente fortuna.

¿Cuál es la vida que lleva Salazar en la Corte madrileña y en su larga estancia sevillana?. En verdad que en muchas ocasiones parece más bien la de un habitual pretendiente frecuentador de las tertulias y saraos cortesanos, adulador, con cierto toque de petimetre, buen conocedor de las damas y de los caballeros aristócratas, refinado en sus juegos y en sus poemas, con cierto toque “à la mode” a pesar de ser un clérigo. Éste es tal vez el

10. *Poesías varias*, op. cit., p. 74.

detalle que más destaca en su poesía: en un tanto por ciento muy elevado se trata de composiciones de circunstancias, escritas aparentemente por un repentista que trata de sorprender a sus acompañantes. Para ello es muy habitual la glosa, esto es, una clase de composición escrita a partir de un tema, una frase o una forma dada por el acompañante. Entonces el poeta, en este caso Salazar, trata de repentizar en breve tiempo una composición de agudeza y finura dando así a demostrar los reflejos y la inteligencia junto con el dominio de la palabra.

Podemos imaginarnos a partir de sus versos la vida que llevó en aquellos años de trajín y relaciones al más alto nivel. En sus versos de este modo aparece lo más granado de la aristocracia contemporánea y a todos les dirige sus intencionados versos. Por ejemplo a la Duquesa de Híjar le agradece sus gestiones para el logro de un beneficio. A la Marquesa de Estepa le devuelve ciertas atenciones. Y lo mismo hace con otras muchas, especialmente damas y muchos menos caballeros. ¿Por qué precisamente a ellas?. Probablemente la respuesta no sea fácil y tal vez sea mejor constatar lo que aparece como evidencia. Además de otras acertadas explicaciones es evidente que en estos años nace una literatura que pone especial énfasis en la mujer, tal vez con mayor acento que en épocas anteriores. El tema femenino cobra de este modo carta de naturaleza y se convierte en fundamental para gran parte de la lírica a partir de los años treinta y cuarenta. A partir de entonces su importancia irá en aumento y será tema central del teatro dieciochesco moratiniano o de Tomás de Iriarte, del ensayo de costumbres, de la poesía sensualista de Meléndez Valdés, etc.

En Madrid establece también relación con diversos e importantes escritores y poetas, entre otros con los miembros del *Diario de los literatos*, ya citados; con Salvador Mañer, como hemos visto. Y parece que continúa su amistad con Diego de Torres Villarroel. Grande debió de ser la amistad de ambos puesto que el escritor salmantino así lo reconoce en alguna ocasión, aunque dicho ello en palabras del escritor riojano. A Torres, por ejemplo, le dedica una décima escrita “En ocasión que don Diego de Torres hizo unas decimas al Marqués de Almarza, se las envió al autor para que las diese, que era pedirle un cerdo, y responde a Torres”. Dice así dicha composición:

“Torres, tu pluma no lerda
muy alto quiere volar,
pues ella intenta probar
de la sangre de la Cerda;
otras veces se me acuerda,
sí bien, tu numen divino,
limpio jugaba, y con tino,
pero hoy, como tosco lego,
anda amigo en este juego
algo puerco y aun Cochino¹¹”.

11. *Poesías varias, op. cit.*, p. 10.

3.2. Su primera publicación: Poesías varias

Aunque, por lo que ya hemos visto, antes de la publicación de su primer libro de poesías ya ha escrito abundantes composiciones que se han dado a conocer al público en los diferentes certámenes en que participó, no obstante es en 1732 cuando aparece su primera obra de cierta extensión. Se trata de sus *Poesías varias en todo género de asuntos, y metros, con un epílogo al fin de noticias y puntos históricos sobre la provincia de La Rioja y sucesos de España, con la cronología de sus reyes, hasta nuestro D. Felipe Quinto*. Apareció en Madrid, en la Imprenta de Música de Juan Sáez Ocañuela en el citado año de 1732. Está formado por dieciocho hojas primeras y luego trescientas dieciséis, aunque ésta última cifra es errónea por estar mal paginada la edición: son en realidad trescientas veinte. Un ejemplar de la misma se halla en la Biblioteca del Instituto de Estudios Riojano, con la signatura 860-1/SAL. No se halla ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Es un hecho digno de anotarse la circunstancia de que para entonces Juan José de Salazar cuenta ya con la edad de cuarenta años y que dedica su obra a “Su Alteza Real el serenísimo señor Infante de España D. Carlos, Príncipe de Florencia y Parma” haciendo especial hincapié en su favorecedor: el señor Marqués de Santa Cruz, Gentil Hombre de Cámara del infante. A éste último, riojano, y al también riojano tantas veces citado, D. Francisco Antonio de Aguirre y Salcedo, Gobernador del Cuarto del Infante D. Carlos, junto con el futuro Carlos III dedica su obra. Pero en sus primeras páginas todo el libro, siguiendo una costumbre habitual censurada entre otros por Diego de Torres aparece una interminable lista de personajes que dan su visto bueno a la obra o hablan con elogio del escritor.

Entre los que elogian la obra y se refieren a Salazar destacan algunos cuya relación con él no me atrevo a asegurar, pero es muy sospechoso que muchos de ellos compartan apellidos con el escritor. Por ejemplo, aparece un soneto escrito en elogio del libro y su autor por el doctor D. Bernardo Samaniego y Hontiveros, Arcediano de Bilbao y dignidad de la Santa Iglesia de Santo Domingo de La Calzada. Otro probable familiar, llamado José Ponce de León y Salazar, Regidor Perpetuo de la ciudad de Logroño, escribe una décima en alabanza de la obra; al igual que un tal D. Gaspar de Hontiveros, canónigo de la Santa Iglesia de Calahorra. Entre la lista de probables familiares aparecen también el “Reverendísimo Padre Maestro Fray Felix de Hontiveros, de la orden de San Jerónimo, Prior del Monasterio de Nuestra Señora de la Estrella, en La Rioja. Gracias a ello podemos sospechar que su familia se encontraba muy vinculada con los poderes civiles y religiosos de La Rioja en aquellas fechas, especialmente en Calahorra, Logroño y Santo Domingo de La Calzada. Hay un evidente prurito de orgullo por parte del autor en señalar y mostrar la importancia de sus apellidos.

Qué elementos barrocos encontramos en esta primera obra del escritor riojano?. Desde luego un lenguaje en ocasiones que peca de conceptista. Véase como singular ejemplo el prólogo a la obra, que se hace difícilmente digerible para el lector que no ponga atentos sus sentidos sobre el, sin

embargo, breve discurso. Pero también la ironía y la sátira de clarísima ascendencia quevedesca y en ocasiones gongorina. Recordemos la genial sátira y el juego de palabras sobre el Marqués de la Rosa, don Fernando de la Cerda. O la autosátira en que se autocalifica con evidente desprecio:

“Nos, don Antonio Maceta,
Comendador del Trapillo,
Catedrático del texto,
y gran azota caminos:
A Vos Don Juan del Berzote,
chichisveo peregrino,
alitado de comedia,
gran miserable de juicio;
salud con sarna y ladillas,
gracia con damas y amgios”.

Ciertamente el ejemplo anterior sirve para introducirnos perfectamente en el gusto del siglo anterior por la escatología y por el ingenioso juego de palabras siempre con un claro fin: llamar la atención de la inteligencia, sacudirse la rutina y servirse del ingenio como una fiera que no permite ser domesticada.

No recurre sin embargo en exceso Salazar a los elementos mitológicos y sabe mezclar con dosis de prudencia la lengua culta con otra más vulgar y en cierto modo más directa. Sin embargo acude repetidamente al recurso del juego de palabras. De este modo diversas composiciones se estructuran en torno a los apellidos de los elogiados o vituperados jugando con los dobles significados y haciendo coincidir el sentido onomástico con el carácter del personaje. Por ejemplo se justifica en diversas ocasiones de su carácter irónico por la “Sal” que forma la primera parte de su apellido. O alude a su buena fortuna justificándola por el “Azar” de la segunda parte del mismo. El onomástico “Hontiveros” le permite jugar con su etimología: “fuente de la verdad” intentando de este modo justificarse por ser claro y directo en sus juicios, a su parecer siempre fundados en la verdad.

3.3. La Impugnación católica y fundada a la escandalosa moda del chichisveo, introducida en la pundonorosa nación española

Se trata sin duda de la obra más polémica que escribió y la que, también, mayor fama le dio. Apareció impresa en Madrid, en 1737, en la Imprenta de Alfonso de Mora, firmada por “El Abad de Cenicero” y dedicada “Al Excelentísimo señor Duque de Arcos, Maqueda y Nájera” tal y como aparece en la portada de la misma. Salió por tanto cinco años más tarde que sus *Poesías varias* y es su última obra conocida. Sus *Glorias de España* son de tan sólo un año antes, 1736, aparecidas en la madrileña imprenta de la Viuda de Juan de Aritzia. Está formada la *Impugnación* por ocho hojas iniciales y cincuenta y nueve páginas que forman el cuerpo de la obra.

Ya me he referido con anterioridad a los innumerables tropiezos que encontró el clérigo riojano tras la publicación de la obra y las acusaciones

vertidas contra él por tratarse de una burda “copia” de la del carmelita sevillano José Haro de San Clemente, *El Chichisveo impugnado*.

El significado de la palabra “chichisveo” que da título a las dos es, según señala Camen Martín Gaité en su conocido trabajo, similar a la de cortejo. Parece que el uso de la palabra es anterior a la de “cortejo” en nuestro país y podemos suponer su origen foráneo, italiano. Al decir de Martín Gaité, “el fenómeno no pasó nunca de ser elitista y minoritario, pero lo era, sin duda, mucho más en la época de Felipe V, es decir, cuando se llamaba chichisveo”¹². De hecho en España se estableció una curiosa relación entre la circunstancia del origen italiano de la voz y costumbre y el origen también italiano de las dos esposas de Felipe V. Goldoni se inspiró en el fenómeno del chichisveo para crear muchas de sus comedias. La palabra “cicisbeo” antes de designar la costumbre de que una señora casada tuviera un amigo, significó susurro o bisbiseo. Es decir, que cicisbeo aludía, en su origen, a una forma de conversación por la cual una mujer se sentía consolada y acompañada por otra persona del sexo opuesto.

La obra se divide en tres partes, tituladas de este modo: “Qué cosa sea la mujer y cuáles sus propiedades”; “Trata de la ocasión y qué cosa sea”; “Trata del peligro dícese qué cosa sea”. A lo largo de la obra encontramos diversas afirmaciones realmente curiosas como las referidas a los usos de pelucas y postizos que se pusieron de moda en aquellos primeros años a veces por el fatal designio de los chichisveos fatuos y servidores de la moda gállica:

“Yo conozco algunos mozos —señala el cura Salazar— que lo mejor que tenían, era el cabello propio, y se lo quitaron, porque se lo mandó su chichisveo, y no ser de la moda. Pues qué diremos del tiempo, que se gasta en componerla, peinarla y polvorearla, apostándose los hombres con las mujeres y aun excediéndolas en los melindres”¹³.

Según Carmen Martín Gaité, ésta y otras costumbres o modas impuestas en una parte muy concreta de la sociedad española, la aristócrata y burguesa, terminaron por encender las sospechas de la moralidad. Si ya me he referido con anterioridad a la relación chichisveo/bisbiseo, la novedad de que una mujer casada diera pie de conversación a un hombre que no fuera el propio marido suponía ya una piedra de escándalo. De la conversación era fácil pasar a otro tipo de confianzas. Podemos entonces plantearnos la pregunta de Salazar: ¿cómo se explica que en un pueblo como el español, sobre cuyo concepto del honor matrimonial no es preciso insistir, hubiese arraigado, aunque en escaso número, tal costumbre?

12. Usos amorosos del Dieciocho en España, op. cit., p. 7.

13. *Ibidem*, p. 2.

3.4. Glorias de España. Plausibles en todos siglos hasta el presente, que se demuestran a un moderno, con varios puntos históricos y diversas poesías heroicas y sagradas

Aunque este estudio ha relegado a último lugar el análisis de esta obra, por cuestiones simplemente de coherencia, se trata de la segunda publicada por su autor (1736), tras las *Poesías varias* (1732) y antes de su última obra conocida, la *Impugnación católica* (1737). Apareció en la madrileña imprenta de la Viuda de Juan de Aritzia y está formada por 21 hojas iniciales y 107 páginas que conforman el cuerpo de la obra. El propio Salazar, consciente del diferente estilo respecto a la primera, trata de dar explicación de ello en “Prólogo al lector”:

“Lector amigo, al público sale este obrita, segundo trabajo de mi retiro; parecerá acaso poco parecida a la primera que habrás visto. No te asuste la novedad, que es otro tiempo en que le escribo, por lo que no debe admirarte, si te pareciere diferente. En la primera sé que tuvieron mis émulos que censurar; en ésta no creo halle en qué cebarse la calumnia, pues nada encontrará que sea impropio de mi estado, al que he deseado arreglar en lo que escribo”.

Resulta curioso cómo se refiere el clérigo de Huércanos a aquellos enemigos que, según él, le censuraron al aparecer su primer trabajo literario. Entre ellos estaban, como ya se ha dicho, los autores del célebre *Diario de los Literatos*.

Expresa luego en la introducción a su obra, que su intento al escribir este estudio —notablemente novedoso, según su opinión— es estrictamente patriótico, y frontalmente opuesto a aquéllos que han querido apoyarse en trabajos extranjeros dudosamente “verídicos, y nada aficionados a nuestra nación”. Sin duda el espíritu tan marcadamente nacionalista de nuestro autor, señaladamente contrario al espíritu de Masson de Morvilliers y a los críticos franceses o a los autores del *Journal des Savants* —reconocida fuente ésta última del citado *Diario de los Literatos*— tiene ese estigma de buena parte de la Historiografía española del XVIII. Con todo, su objetivo, según declara, es mostrar la grandeza de la nación apoyada en “verídicas historias de autores nacionales y extranjeros”.

El trabajo de Salazar está bien documentado en cuanto parte de ciertas fuentes de valiosa importancia. Entre otros, de los clásicos historiadores españoles, José Pellicer, La Ripa, y para el caso de La Rioja el excelente tratado de Fray Mateo de Anguiano, *Compendio historial de la provincia de La Rioja y de sus santos y milagrosos santuarios*. Sin olvidar tampoco ciertas referencias a Sebastián de Covarrubias, autor del famoso *Tesoro de la Lengua Castellana*, o el Doctor Bernardo de Alderete, autor también del *Origen de la Lengua Castellana*.

Es sin duda el trabajo de Fray Mateo de Anguiano el que le sirve de norte y guía para confeccionar la segunda parte del libro, como también le sirvió en su primera obra. Fray Mateo era un capuchino de cierta relevancia en la orden, que amén de llevar a cabo importantes papeles de gestión y dirección en ella, se dedicó a historiar muchos de sus aspectos, sobre to-

do el misional, escribiendo al menos diez libros de los cuales ocho se imprimieron entre 1678 y 1713.

La parte poética del libro viene seguidamente con otras dos bien diferenciadas. La primera es el largo poema ya citado donde habla de los saberes astrológicos de su amigo Diego de Torres. Y la segunda es un largo poema de más de cien páginas que titula “El mártir más prodigioso y defensor de su patria, San Victores de Cerezo, antigua ciudad de España. Su vida, y nacimiento”. Se trata de un poema heroico dividido en cantos que se convierte en rico antecedente de la literatura de santos del XVIII e incluso del teatro de aquel género del siglo puesto que a pesar de tratarse de una composición épica tiene cierta fuerza dramática de indudable vigor.

La despedida del libro la forman un romance dedicado a un clérigo que acaba de morir, Catedrático de Prima Jubilado de la Universidad salmantina, Miguel Pérez, probable antiguo maestro de Salazar en la capital castellana. También un elogio de Felipe V en una composición en romance en la cual alaba las virtudes cristianas del Rey a la vez que establece como causa del final del imperio romano la idolatría reinante en aquellos siglos de su destrucción.

3.5. Conclusiones

Juan José de Salazar constituye un importante ejemplo de la lírica del XVIII en el interesante cruce de la estética del Barroco —de la que es deudor en buena medida— y de las nuevas formas del siglo en el que se desarrolla su biografía. A este respecto este trabajo ha intentado rescatar del olvido a un escritor riojano, prácticamente desconocido para la mayor parte de los estudiosos de nuestra literatura, a un hombre de vida relevante y que supo moverse entre los más notable de la sociedad de su tiempo. Como amigo, abad, confesor y ayudante en la Corte tanto en Madrid como en Sevilla y en otros lugares de España tuvo relación con los mayores ingenios de las letras, de la política y con los poderosos nobles y eclesiásticos de su tiempo.

Quizás sea ésta última nota la de mayor relieve en su obra: la presencia importante de una clase de literatura encomiástica, circunstancial —al menos aparentemente— y con fines muy concretos de servir a veces a sus ideas y otras a sus intereses. Porque, como en Diego de Torres Villarroel, no es difícil encontrar en sus escritos cierta búsqueda del “medro”, cierta inquietud por lograr con sus publicaciones fama, relevancia o dignidad. En ese sentido lo vemos como una suerte de “pretendiente” que una y otra vez escribe según su dictado particular.

Otra característica fundamental de su obra es la continua presencia del elemento autobiográfico, como también ocurre en su maestro, el tantas veces citado en el estudio Diego de Torres Villarroel. En muchas ocasiones hallamos en sus poemas referencias muy concretas sobre su propia vida, sobre sus estudios, relaciones familiares, peripecias vecinales, etc. Entramos entonces, plenamente, en los dominios del “yo”, de la primera persona. Parece como si el clérigo se remangara y nos apareciera una suerte de pícaro personaje del XVII que antepone a cualquier razón su propio interés.

Otra nota importante en sus trabajos es, cómo no, la sátira continua y descarnada. De todo lo visible e invisible. Comenzando en primer lugar con el propio estamento clerical, cuyas costumbres —en algunos casos— poco “virtuosas” son objeto de sus dardos más envenenados. Y continuando luego con mujeres indecentes, a las cuales censura sea cual fuere su condición social, baja o elevada. No olvida tampoco ridiculizar ciertas costumbres ligeras de las clases altas que él tan bien conoce: las costumbres licenciosas de los saraos, la burla de los “chichisveos”, “estrechos” o “cortejos” etc. Formando su sátira una completa galería en la que muchas veces podemos adivinar a un hombre de vida no tan alejada de aquéllos a los que censura.

Porque bien es cierto que en pocas ocasiones encontraremos a un escritor tan aficionado al tema escatológico como el riojano, a pesar de su condición de clérigo y aunque trate de rodearse de un tufillo moralista a veces poco sincero.

4. JUAN JOSÉ LÓPEZ DE SEDANO Y LA TRAGEDIA DIECIOCHESCA

4.1. Biografía de un escritor medio riojano

Pocos escritores en nuestra literatura resultan más difíciles de conocer y reconocer como Juan José López de Sedano. Y ello, al margen de los habituales “olvidos” de muchos de nuestros literatos del Dieciocho, por la curiosísima circunstancia de haber coincidido en la misma época, en la misma ciudad —Madrid— y en el mismo oficio de escritor y autor de obras teatrales dos de nombre casi idéntico: José López de Sedano, creador de numerosas obras teatrales, traductor, reformista, etc. y el escritor objeto de este estudio, Juan José López de Sedano, madrileño aunque de orígenes familiares riojanos.

Ha sido tal la confusión que ha existido y sigue existiendo entre ambos que lo normal es que se mezclen los dos, sus obras y sus biografías. No vale la pena citar a este respecto la multitud de estudios, manuales de literatura y trabajos de la crítica que confunden las dos figuras coetáneas. Incluso el excelente *Diccionario Biobibliográfico de Estudios Riojanos*¹⁴ cae en el mismo error al citar obras que no son suyas, sino de su cuasi homónimo contemporáneo.

Curiosamente, y a pesar de lo mil veces repetido por manuales e incluso monografías, no nació en La Rioja, sino en Madrid, como indica su partida de nacimiento, de la parroquia de San Ginés, el 27 de junio de 1729.

14. Pérez Barriocanal, Concepción & Enrique Sacristán Marín, *Diccionario Biobibliográfico de autores riojanos (F-M)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003 (tomo III), p.p. 318-320. Entre las obras que atribuye el estudio a Juan José López de Sedano, equivocadamente, están el *Sainete nuevo: el sonrojo de los críticos y escrutinio de los vicios*, Madrid, Antonio Muñoz del Valle, 1763.

Hombre de una cultura singular, entró a formar parte del exquisito grupo de la Real Biblioteca de Madrid, germen de la futura Biblioteca Nacional, encargado del estudio de monedas y medallas antiguas. La vinculación de Juan José López de Sedano con el mundo de la numismática y la arqueología se explica también por su condición de miembro de la Real Academia de la Historia. Consta en los archivos de dicha institución que fue Censor de la misma desde el 20 de abril de 1792 con el número XXXIX, cargo desempeñado antes también por Tomás Antonio Sánchez —nombrado el 22 de junio de 1770—, Vicente de los Ríos —19 de junio de 1772— o Gaspar Melchor de Jovellanos —20 de julio de 1787—¹⁵.

Hemos de imaginar a un Juan José López de Sedano muy influido por el nuevo espíritu reformador que caracteriza a la Ilustración. Lo que se confirma luego en la lectura de sus escritos. Pero no es menos cierto que la repetida afirmación de su buena relación con su protector Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, le debió de facilitar bastante su situación en la Corte. Ya el comienzo del reinado de Carlos III, que supuso su llegada desde Nápoles, trajo también el gobierno de Ensenada y el ascenso de Aranda a los puestos más altos del poder. Y con Aranda, la llegada de una nueva visión más cosmopolita y abierta de la cultura, más reformadora en el género teatral, vinculada con la idea de la diversión y el espectáculo de Campomanes¹⁶. En definitiva, ya desde un principio, hemos de situar a Juan José López de Sedano en el grupo de los intelectuales adeptos a las nuevas ideas ilustradas.

No podemos dar muchas más noticias biográficas de Juan José López de Sedano, quedando las ruidosas polémicas que mantuvo y de las que iré dando noticia a lo largo del estudio, o de sus relaciones con el impresor Sancha y con Vicente García de la Huerta o Moratín hijo. Sí, en cambio, queda una obra no muy extensa y reducida exclusivamente a sus trabajos numismáticos, las traducciones que he citado, su tragedia *Jabel*, su publicación periódica *El Belianís literario*, los *Coloquios de la espina* —escrita durante su polémica con Tomás de Iriarte— y su antología del *Parnaso Español*. Sólo el éxito de ésta última hubiera bastado para hacerle un lugar en los manuales de literatura pues de hecho sus nueve tomos se consultaron y leyeron abundantemente hasta el pasado siglo. Y su tragedia pasa por ser a su género lo que *El señorito mimado* de Iriarte a la comedia dieciochesca: una cima representativa de unas formas teatrales que, sin embargo, no tuvieron el éxito apetecido por causas que trataremos más adelante de esclarecer.

15. En <http://www.rab.es/laAcademia/organizacion/censor4.htm>.

16. Antonio Domínguez Ortiz en su libro *Sociedad y Estado en el Siglo XVIII español*, Madrid, Ariel, 1979 ha señalado que “*un estudio de la procedencia social de los escritores ilustrados pondría de relieve ciertas diferencias entre las sucesivas generaciones*”) p. 489. Efectivamente, podríamos descubrir cómo a los frailes y médicos de la época de los novatores les sustituyen funcionarios de la Administración, empleados liberales del mundo del Derecho e intelectuales vinculados a las instituciones culturales como los ya citados Sedano, Pingarrón, Tomás Antonio Sánchez, y más tarde Moratín hijo, Tomás de Iriarte, etc.

Sin duda no es Juan José López de Sedano un genio de las letras, un creador en el sentido que actualmente damos al término siguiendo la tradición del Romanticismo; pero, a cambio, es un fiel representante del estudioso, del refundidor, del crítico dieciochesco. Un buen ejemplo del reverdecido concepto del humanista dotado del buen gusto y de un afán didáctico. A este respecto, sólo le faltó trabajar los dos géneros donde encontramos a los auténticos creadores: la poesía y la novela. Con justicia él confiesa sus carencias, sin falsa modestia y haciendo alarde de sinceridad. Este trabajo ahora pretende demostrar que, a falta de mayores méritos, los tuvo y suficientes en los campos que trabajó. Otra cosa bien diferente fue que, por su carácter un tanto satírico y cierta grandilocuencia en su estilo y en sus formas, se granjeara ciertas enemistades que a la postre le resultaron fatales.

Murió en Madrid en 1801, a la edad por tanto de setenta y dos años. Para entonces la Ilustración está dando sus frutos más maduros. Todavía las posiciones no se han enconado y para entonces, como precursor del pensamiento ilustrado, ha visto cómo muchas de sus ideas por fin comienzan a ser defendidas con denuedo por una nueva generación de escritores e intelectuales más jóvenes: Moratín hijo, Mor de Fuentes, Samaniego y el propio Tomás de Iriarte, entre otros¹⁷.

4.2. Precursor de la tragedia neoclásica

Cuando Juan José López de Sedano publica su *Jahel* —1763—, la única representación teatral de la tragedia neoclásica está resumida en las dos obras de Agustín Montiano en 1751 y 1753, ya citadas, y la *Lucrecia* de Nicolás Fernández de Moratín en 1762. Nada más existe. Es la suya por lo tanto una obra precursora de un género que ha de pasar por diversas etapas durante más de cincuenta años, hasta bien entrado el Siglo XIX y que de nuevo será resucitado y readaptado por los románticos españoles (dramas históricos de Larra, tragedia romántica europea).

Qué pudo mover a Juan José López de Sedano a escribir su tragedia es una cuestión que el mismo autor revela en el hiperbólico “*Prefación*” que antecede al texto de la obra. Hemos de tener en cuenta que para entonces Sedano frecuenta la tertulia y amistad de Nicolás Fernández de Moratín y antes del Secretario de la Cámara de Gracia y Justicia Agustín Montiano y Luyando. Que el asunto de la reforma del teatro y de la refundación de la tragedia española era tema habitual en dicha tertulia lo conocemos bastante leyendo simplemente los *Desengaños al teatro español* (1762-1763) de Moratín padre con-

17. No me resisto a incluir la siguiente cita de Mirta Barrea-Marlys a su edición de la *Jahel*, cuando dice que “*autor, literary critic, translator, and archeologist, Sedano also read several papers before the Academy of History of which he was a member. His collection of poems of the sixteenth century El Parnaso Español and his tragedy Jael are valuable for the history of Spanish literature, not only as literary sources and works, but as inspirations for a whole series of debates and polemics, which provide the modern reader with a greater insight into the eighteenth century*” (*op. cit.*, p. 19)

temporáneos éstos de la obra de Sedano. El propio autor de la *Jabel* lo dice así, no sin cierta prevención de modestia y humildad por su parte:

“Yo no he de reformar nuestro teatro, ni las grandes obras se han fiado jamás a las débiles fuerzas. Ni menos he caído en la presunción de acreditarme maestro, cuando mi obra, sin otro conocimiento, bastaría a desimpresionarme de este idea. Digo con desembarazo y sin doblez algo de lo mucho que se viene a la consideración en tocando estos puntos, y es regular en quien no escribe por el interés ni la lisonja. Lo cierto es que el teatro español —en ambos sentidos— está clamando por la reforma. Y aunque oigo que se trata actualmente de ella con mucho ardor por algunos sujetos, como sé que no ha de conseguirse con parcialidades, entremeses, sátiras ni papelones, me quedaré en la desconfianza del éxito que tanto se grita, y en la creencia antigua de que a esta formidable empresa sólo es bastante el poder y la autoridad del Supremo Magistrado, tomando la mano en un asunto que se interesa nada menos que las buenas costumbres y una gran parte del decoro literario de la nación, sindicada injustamente por las extrañas de carácter distintivo y general por lo que sólo ha sido, y es, culpa de la ignorancia de los que tienen a su cargo el caracterizarla en la comedia, y logrando extirpar de una vez el ridículo y pernicioso sistema de nuestro teatro, vergüenza y oprobio de un siglo tan ilustrado como el presente”¹⁸.

He aquí, por tanto, cómo Sedano alude a una intervención estatal o gubernamental, nada menos que de la Justicia para llevar a cabo la reforma teatral. Esta “judicialización” del teatro no va a ser algo inhabitual durante el Siglo. No olvidemos que el primer teórico de la reforma es Agustín Montiano, nada menos que Secretario de Gracia y Justicia¹⁹. Que la prohibición y listado de obras prohibidas será alentado por Moratín hijo cuando se le encargue la reforma de los teatros. Y que ya el propio Campomanes en su conocida solicitud de reforma de los espectáculos clamaba por una intervención seria del Estado.

Juan José López de Sedano se siente, y así lo declara en el “Prefación” de la *Jabel*, un precursor e innovador si cabe. Según él, es el primero que toma la *Sagrada Escritura* como base y argumento para una tragedia. Y más aún, llega a declarar que ésta llevaba ya mucho tiempo guardada a la espera de salir a la luz, junto con otras que tenía escritas. Aunque sobre esto no da más detalles, sospecho que no debió de transcurrir mucho tiempo entre su escritura y la publicación de la *Jabel*, toda vez que Sedano sube al carro de una moda recientemente instaurada por Montiano y por Nicolás Fernández de Moratín. Respecto a otras obras de su autor, desconozco y luego él no da mayores detalles. Si acaso sus traducciones del francés o el italiano.

En su “Prefación” López de Sedano insiste constantemente en la falta de definición psicológica de los personajes en la *Biblia* y de cómo él tiene

18. *Jael*, by Juan José López de Sedano. *An annotated edition with critical study of other neoclassic heroes of the eighteenth century spanish theater*, (edic. Mirta Barrea-Marlys), *op. cit.*, p. 139.

19. Véase su. *Discurso sobre las tragedias españolas, con la tragedia Virginia*, Madrid, Imprenta de Orga, 1750.

que echar mano de recursos propios para lograr verosimilitud. En otros casos ha inventado caracteres y según él de tal modo “*son arbitrarios y de mi propia invención*” e indica que a tal fin ha buscado “*aquella variedad que da hermosura e interés a la fábula*”. No puede por tanto dejar de echar mano de dos recursos básicamente barrocos: la *creatio* dramática y la *variatio* que permite buscar contrapuntos en los personajes, oposiciones y en definitiva romper la monotonía que podían contener los largos discursos y lamentos, cuando no confesiones, de los personajes ante el público.

Hay que decir a este respecto que la crítica no ha sido demasiado benévola con la *Jabel* y si de algo se le ha criticado ha sido precisamente de retórica, grandilocuente y aburrida. I.L. McClelland dice de ella que fue “*la que menos contribuyó al afianzamiento de la alta tragedia basada en la razón, o de una tragedia menor basada en el sentimiento*”²⁰. La califica de “*pesadez dieciochesca*”, llena de largas oraciones y nombres abstractos difíciles de entender a la primera y también difíciles de memorizar o declamar para un actor. Coincide a este respecto con Tomás de Iriarte cuando la califica —como ya hemos visto— de “*belada, garapiñada y acarambanada*” a la vez que muy prolija, difusa y redundante. No obstante McClelland salva el buen suspense que crea, alguna escena de mérito como la que abre el quinto acto y cómo no se apoya en Montiano a pesar de citarlo en varias ocasiones.

También Francisco Mariano Nipho, como he señalado, se burla de los caracteres de la obra. Crítica del autor aragonés que recoge también María Dolores Royo Latorre en su edición de *Escritos sobre teatro con el sainete El tribunal de la poesía dramática*²¹. Da que pensar también la circunstancia de que trabajos excelentes sobre la tragedia dieciochesca como el de Jesús Cañas Murillo (*La tragedia neoclásica española*) o el reciente del profesor de la Universidad de Lleida, J.M. Sala Valldaura, el más extenso hasta la fecha (*De amor y política: La Tragedia neoclásica española*) no paren apenas mientes sobre la *Jabel* de Sedano y en el segundo caso no le dedique un capítulo como hace con Huerta, Cadalso, López de Ayala, Moratín padre, Jovellanos, Ignacio García Malo, etc.

Que la obra fue acogida con frialdad es algo que conocemos bien, aunque tampoco dejaba de ser una novedad. Algo pudo ayudar a ello la frialdad del retrato de los personajes, por la obsesión de Sedano en dibujarlos, a pesar de ser otro su deseo, demasiado discursivos, faltos de vitalidad y demasiado cargados de grandilocuencia en sus diálogos. Su plan de trabajo está perfectamente resumido en la crítica que realiza al teatro que ha tratado la materia bíblica o religiosa en épocas presentes o pasadas:

“De donde he admirado yo siempre la facilidad o, por mejor decir, la ligereza y falta de miramiento con que muchísimos, o los más, de nuestros poetas

20. *Pathos dramático en el teatro español de 1750 a 1808*, Liverpool, University Press, 1998. (2 vols.), p. 69 del vol. I.

21. Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1996.

*cómicos se han arrojado a escribir, y a destinar a un teatro profano, asuntos tan sacrosantos y manejados estos con tan poca exactitud y decoro, faltando por lo común a la verdad, al carácter de las personas, a la cronología, a la verosimilitud y a la decencia, con interpretaciones violentas, inteligencias falsas, alegorías insulsas, metáforas extravagantes y, lo que es más lastimoso, contagiados de las mismas máximas erradas, aplicaciones indignas, proposiciones delatables, graciosidades torpes, amoríos indecentes y moral corrupta que todas las demás piezas que nos presentan cada día*²².

De lo cual se deduce con claridad que su obra forma parte por tanto del “teatro religioso” (no profano) y que como tragedia se opone a la comedia (de santos); que respeta el decoro de los personajes en cuanto a uso del lenguaje, vestimenta y costumbres. En consecuencia su plan sitúa a la obra en el resultado de la búsqueda de una verdad cuasi arqueológica en cuanto a la fidelidad a las fuentes y relación con la verdad histórica. Con el concepto de “decencia” (varias veces repetido en el “Prefación”) introduce un concepto moral que hace referencia a la utilidad como “ejemplo” del texto dramático, como forma didáctica que pretende su enseñanza. Otras características formales que, según cita en el párrafo transcrito, han de caracterizar, por tanto, a su obra han de ser el no recurrir a la violencia, a los juegos de palabras (“*inteligencias falsas*”) a que tanto se recurría en el teatro de la escuela lopesca, el huir de las alegorías y metáforas que tan habitualmente emplea el teatro calderoniano. Y en cuanto al contenido, en sus últimas palabras reproducidas anteriormente, viene a defender un teatro —y la *Jabel* es un perfecto ejemplo— con máximas o sentencias (refranes, *dicta et facta*, *memorabilia*, saber popular) aleccionadores, con proposiciones serias alejadas de las gracias de los bajos personajes de la comedia áurea y amores acordes con la enseñanza moral de la obra y expresión de la integridad del cosmos teatral retratado en la obra.

4.3. Polémicas y pependencias de Juan José López de Sedano

El primer enfrentamiento conocido, o al menos el primero de cierta relevancia, tuvo lugar con ocasión de la publicación del primer tomo del *Parnaso Español* por Sedano. Para abrir obra tan importante tuvo la ocurrencia el antólogo de colocar la traducción del *Arte poética* de Horacio realizada por Vicente Espinel en 1591, llamándola “*excelente, perfecta y felizmente ajustada a su original*”, añadiendo que “*nada hay en ella superfluo ni voluntariamente ingerido, que en el verso suelto se conserva el vigor y nativa gracia del original, que adquiere nueva fuerza y brío con la frase castellana*” y finalmente “*que la versificación es llena, fluida y sonora*”²³.

22. *Jael*, by Juan José López de Sedano. *An annotated edition with critical study of other neoclassic heroes of the eighteenth century spanish theater*, (edic. Mirta Barrea-Marly), *op. cit.*, p. 125.

23. En el *Índice de las piezas que componen este primer tomo del Parnaso Español con una breve noticia y juicio de ellas* que aparece al final del primer tomo del *Parnaso Español* señala que “Para dar entrada a la colección del Parnaso Español no se pudiera

Sabemos que por entonces Sedano había consultado a su amigo el gran erudito y estudioso de Cervantes Vicente de los Ríos y según Cotarelo y Mori éste

“dióle excelentes consejos que aquél desatendió en absoluto; por lo cual, y publicado ya el primero tomo del Parnaso, se los recordó, y fijándose especialmente en la peregrina idea de abrir la colección con la obra de Espinel, le advierte que había andado poco cuerdo en ensalzarla de tan exagerado modo. Contestóle Sedano en unos términos que hasta cierto punto pueden agradar al lector. ¡Bien empleado le estuvo a Ríos! Si él se tenía (como en realidad lo era) por hombre de buen gusto, sano juicio, talento e instrucción, ¿quién le mandaba hacerse de mieles, calificarse de soldado idiota y atrevido y otras mojigaterías? ¿Qué esperaba que le respondiese Sedano? El infaustado parnasianista tiene una mano protectora, aunque desdeñosa, al humilde autor del Análisis del Quijote cuando le dice: “Por eso esté usted bien satisfecho de que no podrán ser jamás mis hipérboles tan asiáticos (sic), tan excesivos, ni tan temerarios que se atreven a declamar impetroriamente al dios Apolo por el extrañamiento de toda su monarquía contra un soldado idiota y atrevido que quiere meter su hoz en mies ajena (...)”²⁴.

Según Marcelino Menéndez Pelayo en su artículo de la *Revista Europea* “Traductores castellanos de Horacio”²⁵ la traducción de Espinel es correcta aunque no tan excelente como pretende Sedano en el *Parnaso Español*.

Contestó Sedano al prólogo de Iriarte, según Marcelino Menéndez y Pelayo, con “*barta acritud y malos modales en el tomo IX de su Parnaso*”. En él negaba la pericia de la traducción de Iriarte, incluyendo un corto fragmento anónimo de la traducción de la Epístola latina “*hecha a modo de madrigalete*” calificando de “*intrépida, cruda y rigurosa la censura que se estampó en el prólogo de una nueva llamada traducción de la Poética de Horacio, publicada en el año pasado de 1777*”.

Según Cotarelo y Mori, la crítica que realiza Sedano en el citado tomo IX del *Parnaso* resulta bastante pobre:

“Pero es el caso que a Sedano sólo se le conoció la intención, pues no pudo defender a Espinel; y en cuanto a Iriarte, se limitó a decirle que había cometido muchos errores de interpretación, sin citarle ninguno, levantarle algunas calumnias, cuya falsedad estaba a la vista, y cuando quiso apedrearle con alguna cita, lo hizo de tal modo que no sólo demostró no saber latín, sino que

presentar otra pieza más oportuna en el asunto, que la presente, como la mejor obra del mayor maestro del arte y el poema más docto y de más buen gusto de toda la Antigüedad. [...] Usó Espinel con mucho acuerdo del verso libre, para la más cómoda y fácil exposición de las sentencias y preceptos; de suerte que lejos de perder éstos nada de su vigor y nativa gracia, adquieren no pocas veces fuerza y brío con la frase castellana, sin dejar por eso de ser la versificación llena, fluida y sonora Por todo lo cual se justifica la autoridad de esta excelente traducción y la preeminencia que la dan los hombres eruditos” (*El Parnaso Español: colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos*, Madrid, Antonio de Sancha, [1768-1778], 9 vols., p. II del volumen I.

24. *Iriarte y su época*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1897, pp. 170-171.

25. n.º 169, 20 de mayo de 1877, pp. 613-653, primera entrega.

*parece se las sopló al oído algún enemigo suyo para ponerle en ridículo. Únicamente acertó, porque salta a los ojos en llamarle dilatadísimo, difusísimo y redundantisísimo, y en calificar de duros y arrastrados sus versos, si bien le cita sólo unos seis u ocho, y algunos de ellos, por más rigor que quiera emplearse, no merecen tal dictado*²⁶.

Preparó pronto su defensa el poeta canario con nada menos que todo un libro que publicó ese mismo año y que se anunció en la Gaceta del 16 de octubre. Su título completo es *Donde las dan las toman, diálogo jocoserio sobre la traducción del Arte Poética de Horacio que dio a luz D. Tomás de Iriarte, y sobre la impugnación que de aquella obra ha publicado D. Juan José López de Sedano al fin del tomo IX del Parnaso Español, por Tomás de Iriarte*²⁷. Comienza de esta forma la obra:

“Una impugnación de ocho páginas me ha obligado a escribir esta Apología que ocupa un tomo; pero no lo extrañará quien repara que es muy fácil, y muy breve llamar a alguno, por ejemplo, judío o morisco, y que no es tan fácil o tan breve probar el ofendido que es cristiano viejo. Aquello no cuesta más que decirlo en dos palabras absolutas; y esto cuesta revolver papeles antiguos, hacer informaciones y escribir mucho para probar la verdad.

Estoy persuadido a que el tiempo que se emplea en censuras y defensas literarias, se emplearía mejor en componer esta obra, de más sustancia y utilidad; pero cumpliendo con lo que dicta la razón y el pundonor, no me ha parecido decente ni justo desentenderme de cargos dirigidos a mí, y expuestos por un caballero que cuando lo ha impreso autorizados con su nombre y apellido, es regular esté esperando alguna pronta satisfacción.

*El Público decidirá si acierto, o no, a dársela; y aunque mi vindicación propia no deba importar mucho a los lectores, acaso le importará algo el buen deseo con que someto a su juicio una traducción en verso castellano de la primera sátira de Horacio, y un breve examen de la obra del Parnaso Español*²⁸.

He aquí, por tanto, cómo la intención de Iriarte al escribir su obra es no sólo su propia defensa ante un ataque que él considera injusto, sino también un examen, estudio o análisis del *Parnaso Español* de López de Sedano. Y ello explica la dimensión de su obra, pues se trata de todo un libro de 239 páginas y una “Nota” al final, frente a, como señala el propio Iriarte, sólo ocho páginas de Sedano. Sin embargo, dicha obra, de estimable valor filológico y documento de crítica literaria, se convierte de este modo en el primer y más importante estudio sobre la obra del autor de la *Jabel*, obra por cierto que analiza con profundidad así como el resto de su producción hasta entonces.

No es éste el lugar para continuar el estudio de tan larga polémica que todavía tuvo episodios de interés, y me permito indicar, a modo de resumen, que Sedano tuvo que vérselas con los peores enemigos que pudiera alguien imaginar en la segunda mitad del Setecientos. Nada menos que con Iriarte, con Nicolás Fernández de Moratín, con Vicente de los Ríos y con

26. Iriarte y su época, *op. cit.*, p. 166.

27. Madrid, Imprenta Real de la Gaceta, 1778.

28. *Ibidem*, p. 4.

otros muchos que terminaron por tomar postura —en su contra— en la polémica creada con ocasión de la publicación del *Parnaso Español*. Sin embargo, la última causa de tal conflicto no fue otra que haber tenido la valentía y el arrojo suficientes para concluir una obra necesaria y difícil de llevar a cabo. Tal vez la culpa de Sedano fue no ser un escritor famoso, el arrastrar una fama de persona de carácter difícil, cuando no de pretencioso o de vanidoso. Y, por supuesto, ser un advenedizo en el campo de la literatura y, especialmente, en el teatro. Pero Antonio de Sancha, buen conocedor del panorama editorial de su época, no pudo equivocarse al elegir a Sedano, cuya obstinación e impulso para concluir la empresa debieron de deslumbrarle. Pues de lo contrario, ¿por qué no eligió a otros más conocidos, autores ya en la gloria y la fama de entonces como el propio Iriarte, Moratín, etc.? Probablemente la empresa hubiera acabado antes aunque en la parte concluida hubiese habido un mejor criterio y mayores notas de erudición y conocimiento filológico. Pero fue López de Sedano quien tuvo la ocasión de llevar a cabo la empresa, contra viento y marea, viendo incluso cómo quedaban por el camino Tomás Antonio Sánchez o Francisco Cerdá y Rico, probablemente con mejores y mayores conocimientos. Pero sólo él, por fin, llevó a cabo una obra que todavía hoy es referencia y punto de partida para muchos estudios de nuestro Siglo de Oro. Rara es la bibliografía general o específica de aquella época que no incluye un buen número de citas de su obra, la primera en muchos casos en publicar textos en su momento inéditos o difícilmente localizables a no ser en la edición del *Parnaso Español*.

4.4. El Belianís Literario. Obra periódica

Probablemente la faceta menos conocida de Juan José López de Sedano sea la de periodista, aunque durante breve tiempo, concretamente en 1765 y durante muy pocos números. Además, su autor se oculta bajo un seudónimo, “Don Patricio Bueno de Castilla”, el cual no volverá a usar nunca más²⁹. Tan escasa fue su duración, que pasó en gran medida inadvertida dicha publicación en su tiempo, aunque algún tipo de difusión pudo tener —la desconocemos realmente— habida cuenta de haber aparecido, con licencia, en la Imprenta de Joaquín Ibarra³⁰, el más importante editor del Madrid de aquellos años junto con Antonio de Sancha.

El propio título de la obra es una declaración de principios al igual que el seudónimo elegido. Pues si éste último hace referencia a una idea de señorío (Patricio), bondad (Bueno) y casticismo (de Castilla), en definitiva

29. El *Diccionario de sinónimos literarios españoles*, Madrid, Gredos, 1970 de P.P. Rogers y F.A. Lafuente recoge el seudónimo de Juan José López de Sedano y también un “Alfonso Bueno de Castilla”, trasunto de José María del Campo y Navas.

30. Sobre la figura de este excelente impresor aragonés afincado en Madrid, remito al excelente trabajo J.L. Acín Fanlo y Pablo Murillo López, Joaquín Ibarra y Marín. 1725-1785, Zaragoza, Ibercaja-D.G.A., 1993.

alusiones todas ellas a un tradicionalismo y conservadurismo del que hizo gala durante toda su vida, el título de la obra tiene connotaciones muy parecidas. La referencia al caballero andante Belianís, sin duda emparentado con la tradición quijotesca nacional, guarda también relación con el significado de la raíz del término (belleza) aplicada al concepto de la belleza literaria, el canon literario sobre el que tanto se debatió en tiempos de López de Sedano y que dio lugar a intensos debates sobre la naturaleza del arte. De ahí la razón de ser del subtítulo de dicha publicación periódica (“... *en defensa de algunos puntos de nuestra bella literatura contra todos los críticos partidarios del Buen Gusto y la Reformación*”). En el final de la anterior transcripción se encuentra la naturaleza y origen de la publicación de Sedano. Su defensa, en primer lugar, del Buen Gusto, concepto al que dedica buena parte del Prólogo y de la carta inicial “*A la sabia Urganda la Desconocida*”. Y su apuesta por un concepto tan ilustrado como es el Reformismo que también procura definir a lo largo del cuerpo de su escrito. Y todo ello bajo una estructura claramente definida: la anticrítica o sátira de los satíricos. Por ello la obra tiene una estructura claramente emparentada con las “defensas o contradefensas” de esta clase de escritos.

Ciertamente, el *Belianís Literario* de Juan José López de Sedano es una publicación periódica muy peculiar, creada bajo dos ideas principales. La primera, servir de vehículo para la defensa personal del trabajo y de las obras del propio autor. Y en segundo lugar, para dar cuenta de las rencillas de los contemporáneos, expresando naturalmente el punto de vista del autor de dicha publicación periódica. Forma parte de un bien nutrido grupo de publicaciones de carácter muy diverso, pero que solían aunar ambos conceptos: crítica y autobiografía como principales fundamentos para un periodismo que poco tiene que ver con el actual, o al menos con el actual concepto de lo noticioso. Naturalmente, casi todas tuvieron vida efímera, escasa tirada, ridículos beneficios, cuando no pérdidas económicas, hechas con medios muy escasos, pero suficientes para dar razón de la época que retratan con tan gran exactitud y con no menos vehemencia en muchas ocasiones al punto de que le resulta difícil sustraerse al estudioso de aquella época a la lectura y reproducción de sus puntos de vista tan diversos y tan interesantes.

4.5. El Parnaso Español. La mayor antología que vieron los tiempos

Sin duda, su colección del *Parnaso Español* es la obra que mayor fama le dio y por la que es, habitualmente, citado en los manuales de literatura española. Pocos son los que olvidan su nombre y menos aún si la única fuente del autor que se estudia aparece dentro de su recolección poética. Porque Sedano, olvidado durante tanto tiempo, fue el artífice de la resurrección de muchos de los poetas, especialmente del XVI, anteriores al Siglo Ilustrado.

Es bien conocida la natural animadversión de los escritores y genios del XVIII por el Barroco y, en general por todo el siglo, anterior. Frente a ellos, el anterior Siglo a aquél, el XVI, representaba el mejor espejo y modelo en

que mirarse dentro de la historia poética de nuestro país. Ahí está, por tanto, el mérito de Juan José López de Sedano, en haber sabido dar a conocer a nuestros clásicos olvidados para enseñar modelos dentro de nuestra nación, contra los que tienen “*la indiscreta inclinación a los extranjeros*” como recuerda Emilio Palacios Fernández³¹.

Sin duda, no es Sedano el primer ejemplo de antólogo o colector de nuestra literatura en lengua castellana. Pero sí, por otra parte, el que mayor éxito logró con su colección hasta entonces, a pesar de las tachas que se le encontraron, errores, erratas, desconocimientos —en algunos casos flagrantes—; pero el hecho de que todavía hoy se siga citando su trabajo, casi trescientos años después de ver la luz, dice mucho a favor del *Parnaso Español* de Juan José López de Sedano.

Conviene, no obstante, contextualizar el origen o primer impulso de tan magna obra. Ya los franceses habían situado su *Grand Siècle* durante el reinado de Luis XIV, el Rey Sol. Los italianos habían localizado su época áurea en el pontificado de León X. Ya en 1750 el Conde de Torrepalma afirmaba, después de mencionar a diversos poetas que habían seguido la estela de Garcilaso que “*volverá el siglo de oro de Garcilaso*”. También los jesuitas expulsados a Italia llevaron a cabo una apología importante en los famosos debates sobre “*España y su mérito literario*”. Recordemos a este respecto al Padre Juan Andrés y su conocido *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (1792-1799), donde afirma que “*los españoles, con igual razón que los italianos, pueden gloriarse de tener el siglo XVI por su siglo de Oro*”³².

Por ello López de Sedano en el Prólogo a su *Parnaso Español* subraya repetidamente la “*ignorancia de muchos ilustres escritores españoles*” e indica a este respecto la necesidad e importancia de una obra como la suya.

Y sin embargo, a pesar de las tachas que se le hallaron —Iriarte, por ejemplo, ironizó varias veces con la idea de que Sedano incluyera su poema *La música* en la colección— tuvo un éxito importante. Sabemos, que en América logró una gran difusión. Que incluso el poeta Pound contaba con los nueve tomos del *Parnaso Español* en su biblioteca, que solía consultar habitualmente³³. Mucho influyeron los hermanos Mayáns, sin duda —según recoge François López en su estudio “*Mayáns y sus poetas*”³⁴— “*los incentivos e informaciones que recibía el editor*” de dichos hermanos.

31. “Los poetas de nuestro Siglo de Oro vistos desde el XVIII”, *II Simposio sobre el padre Feijoo y su siglo (ponencias y comunicaciones)*. Vol. II, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1983, p.p. 517-543.

32. *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*, Madrid, 1784-1806 (10 vols.), 1793.

33. Véase Julián Ríos, *Poundemonium. Homenaje a Ezra Pound*, Barcelona, Edicions del Mall, 1986.

34. *Actas del Congreso Internacional sobre Gregorio Mayáns. Valencia-Oliva, 6 al 8 de Mayo de 1999*, p. 251 y s.s.

Las futuras colecciones tendrán como referente *al Parnaso Español*. Desde las *Poesías selectas castellanas desde Juan de Mena hasta nuestros días*, de Manuel José Quintana, a la *Floresta de rimas antiguas castellanas* de Juan Nicolás Böhl de Faber, pasando por La *Biblioteca selecta de literatura española* de don P. Mendivil y M. Silvela, los *Apuntes para una biblioteca* de Eugenio de Ochoa, o la *Colección de trozos escogidos de los mejores hablistas en prosa y verso*, de Carlos Ochoa.

5. MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE Y JIMÉNEZ DE TEJADA

5.1. Biografía del escritor y erudito

El Oficial de Marina y escritor Martín Fernández de Navarrete nació en la riojana villa de Ábalos el 9 de Noviembre de 1765. Miembro de una ilustre familia, fueron sus padres D. Francisco Antonio Fernández de Navarrete y D^a María Catalina Jiménez de Tejada, miembros de la aristocracia navarra y riojana. De 1774 a 1777 estudia en Calahorra, sede de la diócesis eclesiástica, con objeto de aprender Gramática Latina. En 1777 marcha al Real Seminario de Bergara, fundado el año anterior.

En Bergara hace buena amistad con algunos de los que con el tiempo se convertirán en los más activos ilustrados del país. Por ejemplo, con Luis de Salazar, luego Ministro de Marina. En dicha localidad se aficionó por la literatura y compuso algunos poemas que le valieron un premio extraordinario en las Juntas celebradas por la Sociedad Bascongada de Amigos del País en julio de 1779, circunstancia que reflejó la *Gaceta de Madrid* de aquellas fechas. El Conde de Peñaflorida, uno de los tres fundadores de la institución, se convirtió en un entusiasta valedor del joven Martín y lo puso en contacto epistolar con D. Tomás de Iriarte, con el que mantendrá fluida relación por cartas durante toda su vida.

En el Seminario puede estudiar Filosofía Moral, Latinidad, Francés, Retórica, Historia, Humanidades, Geografía, Física Experimental, Dibujo, Matemáticas y Química. Mención especial merecen el profesor de Matemáticas, Jerónimo Mas, Luis José Proust, Vicente María Santibáñez, Pierre François Chabaneau o el riojano Fausto de Elhuyar. Allí pudo tener contacto con los futuros protagonistas del movimiento ilustrado en el país. Por ejemplo con José Mor de Fuentes, Juan de Olavide, los Ruiz de Luzuriaga, Mendivil, Ezpeleta, Izquierdo, el escritor Pando o Fitz-Gerald.

En 1780 ingresa como Guardia-Marina en el Departamento de El Ferrol, bajo el mando de D. Francisco de Jovellanos, hermano del escritor Gaspar Melchor y por cuyo intermedio estableció una importante relación epistolar y amistad hasta la muerte del escritor asturiano.

Participa durante los primeros años en los Departamentos de Marina en diversas acciones de guerra, tanto en Cádiz como en Cartagena y gana la amistad de importantes marinos como D. José de Mazarredo, también aficionado como él a la literatura o José Vargas Ponce, con el que compartió

su primera acción de guerra importante, el ataque de los ingleses a Gibraltar en octubre de 1782.

Firmada la paz con Inglaterra el 20 de Enero de 1783, marcha a Madrid. De esta fecha data su primera relación personal con los más importantes escritores de la Corte, entre otros Gaspar Melchor de Jovellanos, Tomás de Iriarte y Leandro Fernández de Moratín.

Un año más tarde, 1784, es destinado al Departamento Naval de Cartagena bajo las órdenes de Antonio Escaño y luego de José de Mazarredo, con el que comparte distintas acciones navales. Allí establece una buena relación con Gabriel Císcar, años más tarde Regente del Reino. Martín acude a sus clases de Matemáticas Sublimes y obtiene grandes enseñanzas de uno de los más importantes conocedores de su Siglo del Arte de la Navegación y de la Ciencia Matemática.

En Cartagena colabora con algunos artículos en el *Semanario* de la ciudad y también envía algunas cartas al *Censor*, publicación periódica dirigida por Cañuelo, donde tras gastar unas bromas al autor de la tragedia *Raque*, Vicente García de la Huerta, propone una importante reforma del teatro nacional bajo un punto de vista muy ilustrado. Colaboró también con la publicación de contenido literario más importante de la época, el *Memorial Literario*, con un excelente “Elogio póstumo al Conde de Peñaforida” con ocasión de su muerte.

Tras su estancia en Cartagena, el Ministro de Marina D. Antonio Valdés le encarga la creación de una biblioteca en la Real Isla de León y el reconocimiento y elaboración de un catálogo de obras de la biblioteca de los Reales Estudios de San Isidro en Madrid y de los archivos particulares de los Marqueses de Santa Cruz, de los Duques de Medinasidonia, del Infanzado y de Alba, además de la del Escorial. Comienza así la llamada etapa que le servirá para ganarse el remoquete de “Merlín de los Papeles” pues tanto fue su empeño en la búsqueda de documentos de nuestra Historia y de nuestras Letras que adquirió una cultura enorme siendo solicitado de continuo como informador de los intelectuales de la época.

No pasó mucho tiempo desde que comenzó estas tareas y ya fue nombrado miembro de las más importantes academias e instituciones culturales del país. Así, en 1791, la Sociedad Económica Matritense lo acogió entre sus socios por intermedio del Marqués del Parque. El Marqués de Santa Cruz procuró su ingreso en la Real Academia Española de la Lengua, en cuyo fin colaboró también Tomás Antonio Sánchez. Para el ingreso en esta última leyó su conocido discurso *Sobre la formación y progresos del idioma castellano, y sobre la necesidad que tienen la Oratoria y la Poesía del conocimiento de las voces técnicas o facultativas*. D. Bernardo Iriarte, le facilitó el nombramiento como Académico de Honor de la de San Fernando.

Posteriormente se traslada a Sevilla y procede al catálogo y ordenación del Archivo General de Indias, trabajo que le permitió el hallazgo de muchos documentos de la época de los Descubrimientos españoles de los siglos XV y XVI, especialmente los diarios de los viajes primero y tercero de Colón.

Tras participar activamente en la guerra contra la Convención Francesa (1793) entra a formar parte de la Secretaría de Marina ocupado sobre todo en sus investigaciones y se casa en 1797 con la murciana D^a Manuela de Paz y Galtero.

Con la llegada de los franceses en 1808, Martín aparece dubitativo y medita durante un tiempo su toma de postura. Es buen amigo de muchos afrancesados —su amigo José de Mazarredo, entre otros, Ministro de Marina con el gobierno francés— pero como buen patriota observa el ejemplo de los Iriarte, de Jovellanos que se pondrá al frente de la Junta Gubernativa Central. Por ello no participa activamente en la guerra y no da su apoyo ni a unos ni a otros. Aunque fue hecho prisionero y mandado deportar a Francia, luego fue liberado por orden de Mazarredo. A pesar de que se le ofrecieron prebendas y buenos cargos de gobierno no aceptó ninguno y pasó enormes dificultades económicas durante la guerra. Sólo, al final de la ocupación, y cuando la situación se le hacía insostenible accedió a la dirección de los Reales Estudios de San Isidro.

Tras del regreso de Fernando VII, se ligará definitivamente a las instituciones de las que forma parte. Así, colaboró activamente en la *Ortografía de la Lengua Castellana*, importantísimo trabajo que supondrá la modernización de nuestra Ortografía convirtiéndose en el hacedor en buena medida de la normativa que actualmente seguimos. En la Real Academia de la Historia, de la que ya formaba parte como Supernumerario desde 1800, trabaja denodadamente y para ella escribe la *Historia marítima* y su *Disertación histórica sobre la parte que tuvieron los españoles en las guerras de Ultramar o de las Cruzadas*.

En 1818 publica una edición de la obra completa del escritor y Coronel D. José Cadalso y un año más tarde da a la luz *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, escrita e ilustrada con varios documentos pertenecientes a la historia de la literatura de su tiempo.

Liberal durante el trienio que va de 1820 a 1823, no sufrió sin embargo la ira de Fernando VII al regreso de su exilio pues aunque lo reconoció como un liberal dijo de él la famosa frase “aunque liberal como deberíamos serlo todos”, curiosa anécdota que revela su espíritu tranquilo y conciliador.

Nombrado Director de la Real Academia de la Historia tras el trienio liberal, inicia los trabajos que le llevarán a publicar su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del Siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*. Dicha obra mereció grandes elogios de Humboldt que lo coloca entre los más destacados historiógrafos europeos sobre la navegación. Washington Irving le rindió homenaje y respeto.

En 1833, una vez muerto Fernando VII, es nombrado Consejero de Estado y luego Prócer del Reino para temas de la Armada. Y a pesar de sus obligaciones en dichos cargos, no descuidó su labor para él más importante, su

Colección de documentos inéditos, auténtico germen para crear —según su opinión— una auténtica Historia de España y para cuya realización tuvo como ayudantes a Miguel Salvá y Pedro Sáinz de Baranda.

En estos últimos años se le conceden honores y privilegios de todo tipo. Es nombrado Senador por la provincia de Logroño, Comendador de la Legión de Honor de Francia, Individuo del Instituto de Francia, del Histórico de Río de Janeiro, de la Academia de San Lucas de Roma y de las de Turín, Berlín, Copenhague, Filadelfia, París y Londres. Fue el socio más importante de la Sociedad Económica Riojana. Murió el 8 de Octubre de 1844 en Madrid, a la edad de 79 años.

Su labor al frente de las diferentes instituciones culturales de su tiempo lo convirtieron en un referente fundamental en la vida intelectual del país. Como miembro y Director de la Real Academia de la Lengua colaboró en la elaboración de la *Gramática*, en el *Silabario*, en la edición del *Quijote* y en las diferentes revisiones del *Diccionario*, además de continuar el trabajo de Tomás Antonio Sánchez, *Colección de poesías castellanas anteriores al Siglo XV* y la puesta en marcha de una novedosa *Colección de Autores Clásicos*.

Sus actividades en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando buscaron alentar la creación artística siempre cerca de pintores como Goya, José de Madrazo, José Aparicio, etc. Junto a otros miembros de la institución como Jovellanos o Ceán Bermúdez.

En la Real Academia de la Historia se convirtió en el socio más activo y comprometido con su fomento. Publicó bajo sus auspicios la citada *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, con 112 tomos, auténtica cantera documental para la Historia de nuestro país y su *Colección de los viajes que por mar hicieron los españoles*, calificada por Humboldt de “monumento geográfico”, innumerables trabajos de investigación, sirviendo de norte para los más jóvenes al punto de convertirse en el auténtico Nicolás Antonio del XVIII.

5.2. Su fundamental análisis Vida de Miguel de Cervantes Saavedra

Sin duda es la obra de asunto literario de la que más orgulloso se sintió Martín durante toda su vida. Fue publicada por la Real Academia de la Lengua en 1819 a sus expensas en la Imprenta Real. Para entonces es él Secretario de Su Majestad, Ministro Jubilado del Consejo de la Guerra, individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia, Académico de Honor y Secretario de la San Fernando.

La obra cuenta con tres partes. La primera es una “Introducción” donde Navarrete da razón de los motivos para la publicación de la obra. Viene luego una “Parte Primera. Vida de Miguel de Cervantes” donde incluye básicamente las noticias biográfica más importantes tras su paciente rastreo por archivos y bibliotecas del país. Y concluye con una tercera y última que ti-

tula “Ilustraciones y documentos” que en realidad es una inestimable sucesión erudita de comentarios sobre lo que se ha publicado sobre Cervantes, su vida y en gran medida su obra.

Comienza en crítico su “Introducción” señalando la obligación de los españoles de tributar, en agradecimiento a sus escritos, un debido homenaje a Cervantes, A continuación da algunas de las claves más importantes de su trabajo:

“Pero para que el juicio sea tan recto e imparcial como conviene, es necesario estudiar y conocer el estado de ilustración y de cultura del tiempo y de la nación en que floreció el hombre grande cuyos hechos nos proponemos historiar; porque sólo así podrá graduarse atinadamente la elevación de su ingenio, y descubrirse con claridad cuál fue su influjo y trascendencia en la corrección de las costumbres públicas, y en destruir y aniquilar aquellos vicios y preocupaciones, que teniendo siempre en una infancia mezquina al entendimiento humano, le presentan intrincadas malezas, las cuales le ocultan y embrazan el camino de la sabiduría y de la verdad”.

De este modo parece claro que un estudio del escritor no es suficiente si no se hace en relación a su contexto político, social y cultural de Cervantes en la España en la que vive y escribe y en relación a las personas que conoció, con las que convivió, a los que quiso y odió. Por ello, parece decirnos, no podrá entenderse su obra si no se comprende su vida en relación a la historia que vivió. Así, de tal manera, Navarrete está formalizando, aunque de forma rudimentaria, lo que sólo años más tarde se llamó la “historiografía literaria”. Y la cuestión no es ociosa, como aparentemente, y con ojos actuales, podemos pretender. De hecho el rigor del trabajo de Navarrete está a años luz de los trabajos anteriores, no sólo sobre Cervantes, sino sobre cualquier otro escritor “antiguo” o “moderno”. Tan sólo los intentos ilustrados de Tomás Antonio Sánchez y de Gregorio Mayans y Siscar y los novatores valencianos estudiados precisa y espléndidamente por Antonio Mestre³⁵ dieron una primera aproximación al actual concepto historiográfico, del que es eslabón importante, por su rigor y disciplina científica, el propio trabajo del “Merlín de los Papeles”, Martín Fernández de Navarrete.

Que el autor era consciente de la importancia de la nueva metodología que él estaba utilizando es algo evidente en las líneas siguientes donde remontándose a la más cercana historiografía francesa trata de justificar su empeño:

“Si conforme a estos principios fue necesario para hacer el elogio de Luis XIV escribir toda la historia de su siglo; y para la de Carlos V trazar la de la Europa entera desde la decadencia del Imperio romano; acaso para conocer bien a Miguel de Cervantes y el mérito de sus obras sería preciso recorrer el estado de la literatura y de las costumbres del memorable siglo XVI y principios del siguiente: pintura sublime, que sería no menos no menos útil que cu-

35. *Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religiosa de don Gregorio Mayans y Siscar*, Valencia, 1968. *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del siglo XVIII*, Valencia, 1970. *El mundo intelectual de Mayans*, Valencia, 1978.

riosa, y en la que manifestándose el saber y las preocupaciones, las virtudes y los vicios, el poder y la debilidad de nuestros mayores, nos descubriría de cuáles luces supo aprovecharse aquel escritor filósofo, de cuáles errores eximirse, y cómo logró penetrarlos y conocerlos par perseguirlos y atacarlos en su raíz por medios suaves, pero irresistibles, y los más oportunos y adecuados al temple del corazón humano, y a la naturaleza de las pasiones que de continuo le agitan y conmueven”.

Tal es, por tanto, el objeto de su estudio, que no se limita a trazar un recorrido sólo por los hechos más puntuales de la vida del autor o de sus obras, sino que pretende abarcar todo el contexto de su tiempo.

Pero Navarrete parte de un concepto que los ilustrados son los primeros en entender: el concepto de literatura y gusto literario unido a los vaivenes a veces caprichosos de los tiempos; concepto que relativiza el éxito o fracaso de una obra en función de las peculiares modas que imponen hoy un gusto y mañana tal vez otro muy distinto. Por ello señala la incompreensión que sufrió en vida Cervantes, al que no se llegó a considerar el escritor que el XVIII descubrió muchos años después de muerto.

Es consciente Navarrete de que la gran fama lograda por Cervantes se la debe en buena medida al Siglo XVIII, pues es durante este Siglo cuando ha logrado remontar vuelo y llegar a ser considerado el escritor más importante en lengua castellana. Ahí está la labor y el reconocimiento del estudioso riojano para Mayans, el Padre Sarmiento, Iriarte, Montiano y Luyando, Pingarrón, Nasarre, Cano, Ríos y Pellicer en España; Florian y Dubournial en Francia; Jarvis y Bowle en Inglaterra; Ideler en Prusia; Weyerman en Holanda y otros muchos en diferentes países.

Mención especial le merece, en la línea de lo ya dicho con anterioridad, el trabajo realizado por Vicente de los Ríos, en concreto la introducción de la *Vida de Cervantes* en la edición del *Quijote* por la Real Academia de la Lengua, que es saludada por Navarrete como excelente por todos los conceptos. En él está precisamente el arranque del interés por este tipo de trabajos, en el ejemplo de de los Ríos que inició aquel camino del estudio historiográfico-literario con el escritor de Alcalá y que Navarrete mejorará sustancialmente gracias al mayor rigor y erudición del investigador riojano.

Por ello en su trabajo señala que aquél “careció de muchas noticias y documentos importantes, que ha descubierto posteriormente la eficaz diligencia de varios curiosos y literatos”. He aquí por tanto el concepto del trabajo investigador tan moderno para su tiempo³⁶. Navarrete es consciente de que ningún trabajo serio de esta índole puede prescindir de lo hecho por los anteriores, y además, como dirá luego, el trabajo de uno es luego per-

36. Geoge Lefebvre en su excelente trabajo *El nacimiento de la historiografía moderna*, edic española Barcelona, Martínez Roca, 1977 da las claves de la nueva historiografía que nace con el XIX resumidas todas ellas en el estudio directo de las fuentes, precisamente la postura que tiempo antes a los grandes historiadores del XIX y antes que ningún otro cervantista lleva él a cabo.

feccionado con el tiempo por los que vienen después, por lo cual encontramos en Navarrete a un moderno y honesto hombre de letras agradecido al pasado y lo suficientemente inteligente para saber que lo que él diga podrá ser superado con mejores medios en el futuro: monumental lección de humildad en el trabajo personal y generoso agradecimiento a los que le precedieron. En definitiva en Navarrete no encontramos aquella soberbia tan característica en sus contemporáneos, aquel sentirse el ombligo del mundo y de la república de las letras, sino que con su humildad característica criticará una y otra vez a aquellos que defienden la supremacía de sus opiniones satirizando a otros escritores cuyas opiniones son divergentes.

Otro principio que alumbra su declaración inicial en la por él llamada “Introducción” a su trabajo es su deseo de originalidad. De tal modo el trabajo de Navarrete busca, ante todo, dar nuevas noticias, no repetir lo ya sabido o llevar a cabo un ingenioso resumen de lo ya conocido, y mucho menos abusar de las citas creando un fárrago de conceptos y opiniones que nada nuevo aportan. En este sentido la originalidad surge como concepto equivalente a la “creatio” y por ello opuesto a la “imitatio”. Navarrete trabaja con lo que hoy llamamos “fuentes primarias” procedentes de archivos y bibliotecas. Se basa por tanto en documentos muchas veces ni siquiera catalogados, olvidados o desconocidos. Y de esos lugares, cual Merlín de los papeles, sabe sacar lo mejor para sus estudios rigurosísimos.

Otra característica importante y que conviene resaltar de forma notable es el orden en su método de trabajo —porque es claro y evidente que existe una metodología muy meditada— gracias al cual pocas cosas quedan deshilvanadas o sometidas al azar o la oportunidad. En los trabajos de Navarrete, y en éste especialmente, podemos ver con claridad la ingente cantidad de material que ha utilizado y cómo toda esa documentación encuentra su lugar justamente en el sitio que ha de ocupar en su escrito. Conocemos muy bien su afán de ordenar, de guardarlo todo, de clasificar hasta el punto de que la documentación de Ábalos cuidadosamente estructurada es un ejemplo de su prodigiosa cabeza y de su método y orden.

Finalmente Navarrete despide su “Introducción” con muestras de modestia no tópica, sino sentida y cierta, puesto que ejemplos de ellos tenemos a lo largo de toda su biografía, lamentando que su estudio no tenga la altura y el estilo de los trabajos de los autores que cita:

“[...] cuya circunstancia nos podrá también conciliar la indulgencia de los lectores, si echan de menos en nuestro trabajo la elegancia y exquisito gusto de Ríos, o la copia y variedad de erudición de Mayans y de Pellicer: escritores a quienes debe tanto la memoria de Cervantes y la historia literaria de la nación, que no podemos dejar de tributarles aquí esta ligera prueba de nuestra estimación y reconocimiento”.

La primera parte del estudio, la vida del autor de Alcalá, se remonta al estudio de los apellidos y el linaje familiar del escritor descubriendo ascendiente nobilísimos del apellido Cervantes que va citando. No es éste quizás el momento de ir viendo con detalle la narración que va haciendo Navarrete de la biografía del autor del Quijote, pero sí de algunas de las conclusiones

que extrae sobre la figura cervantina. Por ejemplo, es digno de anotarse la hondura de la interpretación del escritor, el saber ver matices mínimos imperceptibles para un flojo o rápido estudioso de su obra, pero no para Navarrete que escribe desde su paciente lectura de las obras y de la comprensión meditada de los documentos de los archivos y las bibliotecas. Por ello, en ese riquísimo análisis de Cervantes lo llama “filósofo cristiano”: curiosa transposición de términos, en principio antagónicos para un lector del XVIII o de primeros del XIX. “Filósofo” en el sentido del término francés —“Philosophe”— esto es: ilustrado, indagador de las realidades. Pero también cristiano, con el matiz que no le hace ser irreverente. Esa rica complejidad que Navarrete capta, esa contradicción aparente será resuelta con el tiempo por un concepto que en su momento revolucionó la historiografía renacentista: el erasmismo de muchos escritores, entre ellos Cervantes, disconformes con muchas servidumbres ideológicas y del pensamiento de su época que acaban sufriendo persecución y hostigamiento. Por ello subraya Navarrete tales contradicciones con riquísimos matices valorativos:

“Supo ser religioso y timorato sin superstición, celoso de su creencia y del culto sin fanatismo, amante de su patria y de sus paisanos sin preocupación, valiente y alentado en la guerra sin presunción ni temeridad, generoso y caritativo sin ostentación, agradecido con extremo, pero sin abatimiento y sin adulación; ingenio y sencillo hasta apreciar tanto que le advirtiesen sus errores como que le alabasen sus aciertos; moderado e indulgente con sus émulos, habiendo contestado a sus sátiras e invectivas sin descubrirlos ni herir a sus personas; y finalmente jamás vendió ni prostituyó su pluma al favor ni al interés, jamás la tiñó con la sangre ni con el deshonor de sus prójimos, jamás la usó para el bien y la felicidad de sus semejantes y siempre fue pródigo de alabanzas, hasta el punto de haber sido severamente censurada esta facilidad, que aunque honorífica a su corazón, contradice la rectitud de su juicio y la imparcialidad de su crítica”.

En realidad esa defensa y canto de la moderación tiene también en el caso de Navarrete mucho de autobiográfico y de este modo no es difícil ver en las líneas que le dedica al autor del Quijote muchas de las preocupaciones y de los asuntos que le preocupan a él mismo. Indefectiblemente moderado, reflexivo, contrario a todo extremismo, educadísimo aun con sus enemigos —escasos, eso sí— Navarrete ve en Cervantes casi a un trasunto de sí mismo o al menos de sus circunstancias.

En definitiva, la figura cervantina es vista por Navarrete como un ejemplo moral o ético —descontadas sus cualidades como genio escritor— en un amplio sentido de la palabra; tal es así que lo considera un excelente ejemplo de “la virtud y la sabiduría”.

La segunda parte, sin duda la más atractiva para los filólogos y los eruditos, trae un abultadísimo número de consideraciones y recensiones sobre trabajos cervantinos y constituye el armazón o más bien trastienda de su estudio, el cual, una vez destilado, da como resultado las otras anteriores. Es cierto que tal vez podría habérsela ahorrado y su estudio hubiera sido, para un lector al uso, absolutamente redondo. Pero no es menos cierto que Navarrete conoce que su trabajo estará al alcance, casi exclusivamente, de

unos pocos ilustrados que buscarán la más leve señal de flaqueza o descenso en el rigor del estudio para zaherirlo y criticarle. Además es ahí donde encontramos sus opiniones sobre algunos trabajos y sus autores y donde se preocupa de atribuir a cada uno su mérito en los descubrimientos sobre la biografía cervantina. Por ello en muchas ocasiones comenta auténticas historias de infamia y ciertas maldades inconfesables, hurtos intelectuales para lo que el buen Navarrete procura, con sabiduría, prescindir de los personalismos ciñéndose, casi como un juez impartidor de justicia, a dar a cada uno la parte que le corresponde.

Se detiene especialmente Navarrete en el polémico asunto de la patria de Miguel de Cervantes, asunto sobre el que se discutió largamente en sus años puesto que aparecieron diversas partidas de nacimiento aparentemente referidas al escritor. Concretamente se refiere a las de Alcázar de San Juan, Consuegra y Alcalá de Henares. Navarrete se sirve de los trabajos de Vicente de los Ríos para eliminar las dos primeras y utiliza la propia obra de Cervantes para rubricar la paternidad de Alcalá. Partiendo por tanto del profundo conocimiento de su obra llega a la siguiente conclusión, muy al estilo de lo que hará muchos años más tarde en muchos casos Dámaso Alonso con Góngora, sobre asunto que suscitó tan amplio debate:

“La juiciosa crítica con que Ríos desvaneció las razones que se alegaban a favor de Alcázar de San Juan, y que tiene igual aplicación a la pretensión de Consuegra, deja sin recurso alguno adjudicada a Alcalá de Henares la gloria que se la disputaba: y aun si pruebas tan concluyentes necesitasen el apoyo de otras conjeturas, sería fácil deducirlas de algunos lugares de las obras de Cervantes que no se han examinado hasta ahora con suficiente reflexión. Es bien conocido el artificio con que este ingenioso escritor disfracó en ellas muchos hechos de su vida, y otros muy notables de su tiempo, y a veces indicó también su patria, aunque con tal oscuridad que no se pudiese traslucir sin algunos antecedentes, como ya lo sospechó el Padre Sarmiento, respecto al pasaje que hemos citado del Quijote; bien que estos lugares se hayan leído generalmente sin excitar la curiosidad para combinarlos con otros datos más averiguados o menos dudosos. Cuando hablemos de la Galatea, manifestaremos el artificio y objeto de esta fábula pastoril, y veremos que siendo sus disfracados pastores personajes reales y verdaderos, ocultó bajo el nombre de Tirsi a Francisco de Figueroa, célebre poeta castellano, y natural también de Alcalá de Henares, quien hablando con Elicio (que es Cervantes) de la condición de Galatea, le dice: “en las riberas de nuestro Henares más fama tenía Galatea de hermosa que de cruel”, señalando con la palabra “nuestro” la patria o naturaleza común de ambos en las márgenes de aquel río donde tiene su asiento la ciudad de Alcalá”.

Razones por tanto de orden filológico dadas por un historiador de su tiempo. En definitiva Navarrete es no sólo un gran conocedor de los papeles que se guardan en archivos y bibliotecas, una suerte de erudito bibliotecónomo, sino también un cuidadoso lector de literatura. No es menos cierto, sin embargo, que en su documentadísimo estudio podemos encontrar tal cantidad de citas de erudición y tal número de bibliografía espléndidamente anotada que permiten concluir sin duda que el método de su trabajo historiográfico y filológico es sin duda uno de los más rigurosos de su tiempo, si no el que más. Y quizás sea tal metodología la mayor aportación de

Navarrete, mucho más incluso que sus hallazgos concretos o puntuales, puesto que éstos son siempre completados por otros y aquélla permite fundamentar toda una línea de investigación. Por ello su “novedad” es expuesta por él mismo con inevitable modestia, pero con la honda convicción de que es el más completo método del estudio sobre la historiografía literaria:

“Tantos y tan esclarecidos son los literatos que se han dedicado a investigar y escribir los sucesos de Cervantes, y a ilustrar y dar a conocer el mérito de sus obras; y como después de tan multiplicados y eruditos afanes acaso podrán parecer superfluas e impertinentes nuestras investigaciones sobre el mismo asunto, justo será que procuremos satisfacer a los que así pensaren, exponiéndoles sencillamente las causas que nos empeñaron en la composición de esta obra, los medios que hemos puesto en práctica para su mejor desempeño, y para darle mayor novedad e interés, y el éxito feliz que estas diligencias han producido, proporcionándonos documentos desconocidos hasta ahora, pero importantes para dar una idea más cierta, noble y elevada del carácter, costumbres y servicios del celebrado autor del Quijote, y aun para comprender mejor varias alusiones y aventuras de sus ingeniosos escritos: descubrimientos en que han tenido mucha parte algunos sujetos laboriosos, que favoreciéndonos con su amistad se prestaron gustosamente a desempeñar los encargos que les dimos para inquirir y recoger en los pueblos de su residencia las memorias que se conservasen de Cervantes, haciéndonos acreedores por su celo y aplicación a nuestro agradecimiento y a la memoria que haremos de sus trabajos en los lugares oportunos de estas ilustraciones”.

En definitiva, Navarrete confiesa las múltiples deudas que tiene para quienes le han antecedido en el interés filológico por el escritor de Alcalá: señal inequívoca de su honradez intelectual. Texto el reproducido que resume, a la perfección, el quehacer investigador de su autor: búsqueda de novedades; originalidad; uso de un “método” filológico e histórico; trabajo en equipo a través de la ayuda de otros investigadores de la misma materia. Quizás sea ésta última faceta una de las más importantes y modernas en su trabajo, el ser capaz de investigar en grupo, solicitando la ayuda de otros especialistas o sencillamente de los más cercanos a las fuentes originales. Mientras esto hace Navarrete, a cambio y por desgracia, muchos eximios ilustrados contemporáneos suyos entablan fatales y fratricidas guerras donde el individualismo, la falsedad, la calumnia y el mérito personal se anteponen al éxito de las investigaciones.

5.3. La actividad académica en la Real Academia de la Lengua

Martín Fernández de Navarrete ingresó como socio de la Real Academia de la Lengua contando tan sólo con veintiséis años de edad a través de la sabia intermediación del Marqués de Santa Cruz, D. José Bazán de Silva. Allí encontraría, como ha señalado Emilio Cotarelo³⁷, a lo más granado de

37. *Don Martín Fernández de Navarrete en la Real Academia Española por el Excelentísimo Sr. D. Armando Cotarelo Valledor, representante de dicha Academia*, op. cit., pp. 45-79.

los escritores de la España de la época, entre otros a Jovellanos, Cienfuegos, Meléndez Valdés, Villanueva, Valbuena o Martínez Marina. Para entonces es tan sólo Teniente de Navío aunque ya ha sido admitido como socio numerario de la Sociedad Económica Matritense.

Para el ingreso leyó su *Discurso sobre la formación y progreso del idioma castellano y sobre la necesidad que tienen la Oratoria y poesía del conocimiento de las voces técnicas o facultativas*. Desde entonces estaría vinculado a la institución durante nada menos que cincuenta y dos años como socio. Durante tan largo periodo de tiempo, y si consultamos con atención las *Actas* de la institución nos daremos cuenta que llegó a ser, si no el que más, sí uno de los exponentes más activos de dicha institución cultural. Así, lo vemos en diversas ocasiones formar parte del jurado encargado de juzgar las obras presentadas al concurso de poesía convocado por la R.A.E., famosísimo y en el que hicieron su presentación, tal vez, lo más granado de los poetas del XVIII. Formó parte decisiva en las nominaciones a Director de la institución y nunca erró dando su apoyo a los que finalmente lograron ver culminada su candidatura. Coincide en ello con importantes miembros, algunos de ellos figuras importantes en la dirección no sólo de la R.A.E. sino también de los Reales Estudios de San Isidro y en ocasiones de la censura editorial como Ramón Cabrera, Francisco Berguizas, Juan Ramírez Alamazón, Casimiro Florez Canseco Pedro de Silva, etc.

Para su desgracia, ignorante sin embargo como la mayoría de los españoles del rumbo de los acontecimientos futuros, a él le correspondió componer una oración gratulatoria a Fernando VII en víspera de la Francesada. Durante la guerra se encargará de llevar a cabo una edición académica del *Fuero Juzgo* interrumpida una y otra vez por los acontecimientos políticos y militares. Finalmente Navarrete, viendo el rumbo que iban tomando los acontecimientos, decide renunciar a todos sus cargos públicos, entre otros el de socio de la Española, justamente en el momento en que su buen amigo Meléndez Valdés lee su discurso de gracias como socio honorario de la misma.

Una vez acabada la guerra y hecha la purga correspondiente en la institución de todos los afrancesados, fue nombrado Director de la misma Ramón Cabrera, que luego resultó impugnada por los sectores más reaccionarios, trasladándose la lucha de liberales y serviles a la misma Academia donde finalmente quedó confirmado dicho candidato electo como director.

En 1814 es designado Navarrete junto con otros miembros “para arreglar los capítulos de la Ortografía conforme a los acuerdos uniformes de la Academia”. Y a esta labor se entrega el investigador durante un tiempo en la búsqueda de la “uniformidad de la recta escritura”. Dicha labor, sobremanera ingrata, lo coloca sin embargo en un lugar destacadísimo en la reforma del castellano escrito. En la edición de su Ortografía aparecen novedades fundamentales que terminan dando la fijeza actual a nuestra lengua. Y a él se debe mucho del éxito al desterrar la nueva edición las grafías “k” (en gran número de voces) y “ph” —excepto para voces cultas—. Se quitaron los sonidos de “j” a la grafía “x”, dejándola con sólo el de “cs”

y de “k”, a la “ch” para siempre. Se suprime la “b” en casos como “substancia”, “subscribir”, etc. Se manda que la “y” se utilice sólo como conjunción siendo sustituida en el resto de casos por la “y” latina. Y se ordena, asimismo, que las combinaciones “ca,co,cu” se escriban siempre con “c” y no con “q” como ocurría antes.

Navarrete colaborará luego en otras reformas importantes, como miembro de la comisión redactora de la Gramática y en la confección de un *Silabario* “que confirmase el sistema de ortografía adoptado por la Academia” que, según Emilio Cotarelo, no llegó a imprimirse.

En 1817 es nombrado Bibliotecario con el carácter de Perpetuo, gran acierto puesto que a Merlín de los Papeles ningún otro cargo dentro de la Institución le podía corresponder mejor por méritos y valía. De tal modo Navarrete se encarga de acrecentar la biblioteca con gran cantidad de títulos que adquiere en su mayor parte por precio módico.

En 1815 la Real Academia de la Lengua había realizado ya tres ediciones del *Quijote*. La primera, de 1780, en cuatro tomos; la segunda, dos años más tarde, 1782, en seis; y la tercera, en 1787, que se agotó rápidamente como las dos anteriores. En 1802 se mandó una nueva edición a cargo de Canseco, Flores, Arnado y Abella. El proyecto preveía cinco tomos, ajustar la ortografía a las nuevas normas de la Academia e incluía la *Vida de Cervantes* y el *Análisis del Quijote* de Vicente de los Ríos, hasta la fecha el trabajo más reputado sobre el escritor de Alcalá. Sin embargo la guerra hizo imposible el llevar a cabo tal proyecto que quedó en suspenso hasta 1815 en que se volvió a encargar, esta vez a Martín Fernández de Navarrete y al reputado cervantista D. Diego Clemencín.

En su trabajo Navarrete llevó a cabo la selección de pasajes para ser ilustrados con láminas; confeccionó el mapa de la ruta de Don Quijote; elaboró el árbol genealógico del escritor; y en fin, acordó el texto con las nuevas normas ortográficas. Pero la mayor novedad sin duda es la inclusión de la ya citada y analizada *Vida de Cervantes* del escritor riojano contenida en el quinto tomo de la obra, según el plan previsto antes incluso de la Francesada. El trabajo de Navarrete será luego incluido en numerosas ediciones a partir de entonces tanto en España como fuera y aun actualmente algunas modernas incluyen la suya.

Colaboró Navarrete en la revisión del Diccionario aportando diferentes cédulas de voces hasta el número de varios millares. A él le correspondieron las que van desde “baluarte” hasta “bellota” y expurgó las voces de los campos léxicos relacionados con la Náutica y la elaboración de fichas lexicográficas de las obras del Canciller Pero López de Ayala. Por fin, y tras un durísimo trabajo, pudo presentar Navarrete en diciembre de 1822 una sexta edición del Diccionario académico.

Intervino también Navarrete en la publicación de las obras de Bernardo de Valbuena y es encargado del examen de las obras impresas y manuscritas de Meléndez Valdés.

Muchos fueron los trabajos de que formó parte dentro de la institución aunque, según el citado Emilio Cotarelo, una anécdota humana ilustra perfectamente el carácter del erudito e investigador. Me refiero a la intervención que tuvo para conseguir que a su buen amigo y también socio Ramón Cabrera se le levantase el exilio en Pamplona y se le reintegrase a sus puestos en la Academia. Cuenta Cotarelo que aquél “con lágrimas en los ojos daba gracias a la corporación por cuanto había contribuido a traerle otra vez a su seno”. Una vez más la sabia intervención de Navarrete había salvado a uno de sus amigos.

Durante los últimos veinticinco años de su vida Navarrete presidirá por antigüedad la mayor parte de las juntas y durante cinco más será Director de hecho.

Dentro de sus labores literarias especial mención ha de hacerse de su intento para la edición de las obras de Garcilaso de la Vega por encargo de la Real Academia. Elaboró para tal fin una espléndida “Introducción a la vida de Garcilaso” que sin embargo no llegó a imprimirse pues los otros colaboradores en la edición, el ya citado Diego Clemencín y González Carvajal no fueron tan diligentes. Fueron éstos entonces sustituidos por Lista y Juan Nicasio Gallego, pero nuevamente el trabajo se demoró demasiado y finalmente se abandonó, conservándose tan sólo el estudio de Navarrete que se halla en el Palacio de Ábalos.

Igual destino tuvo el intento de continuar el magno trabajo de Tomás Antonio Sánchez, su *Colección de poesías castellanas anteriores al Siglo XV* que no logró el éxito esperado y hubieron de devolverse los textos manuscritos a los monasterios de origen sin ni siquiera comenzar el empeño.

También intervino Navarrete, en estos intentos literarios, en la puesta en marcha de una “Colección de Autores Clásicos”, nada menos que veintinueve años antes de que Rivadeneyra llevara a cabo la famosa Biblioteca de Autores Españoles. Se encargó entonces el riojano de preparar la edición de las Novelas ejemplares de Cervantes, pero aquello no resultará hasta muchos años más tarde, 1866, en que ya muerto muchos años antes Navarrete se afiance la llamada Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles.

Muerto Navarrete el 8 de octubre de 1844 aún llegó a presidir hasta el 29 de agosto de aquel año las sesiones de la Academia.